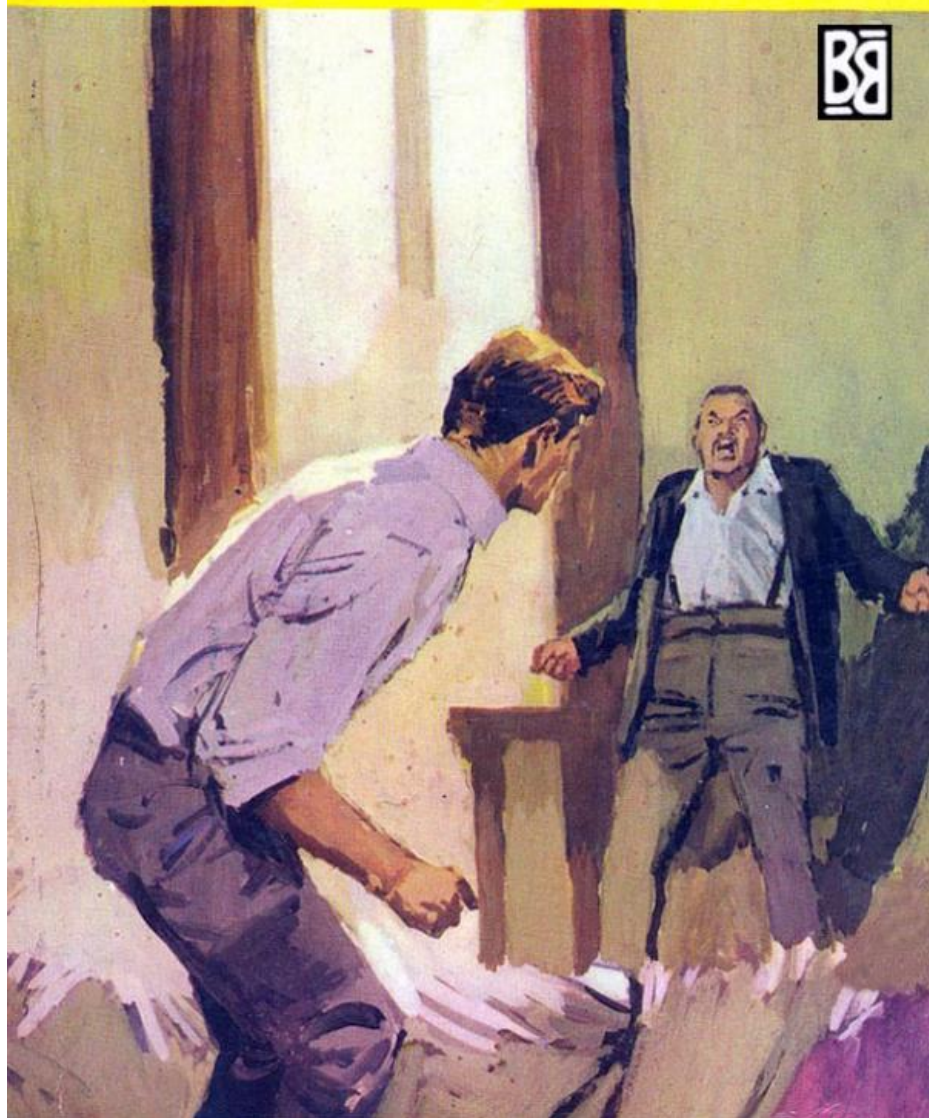


PUNTO
ROJO

en Niza también se muere

burton hare

Ba



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EN NIZA TAMBIEN SE MUERE

Colección PUNTO ROJO n.º 329

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 23.731 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto 1968

© BURTON HARE - 1968

sobre la parte literaria

© DESILO - 1968

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

918. — La sangre deja huella.

En Colección PUNTO ROJO:

320. — No hay descanso para la muerte.

En Colección ENVIADO SECRETO:

36. — Misión de locos.

Los yates se mecían, suavemente sobre un mar liso como un cristal. Los gallardetes colgaban, lacios, porque no soplabla una brizna de aire.

Había embarcaciones de todos los tamaños y colores. Desde la pequeña motora a la orgullosa «Cris-Craf»; desde el balandro al imponente yate de doscientas toneladas. Sobre todos ellos, el sol reverberaba como resistiéndose a hundirse en el agua con el crepúsculo, arrancando chispazos a los metales cromados y salpicando de oro la espuma del mar.

El «Corsair» era una embarcación de doscientas toneladas, tan imponente en su tipo como un acorazado. Equipada para toda clase de cruceros, sobre su altivo castillete vibraba la gran antena de la emisora de radio, y, plegada de tal forma que solo era identificada por los iniciados, había también una cóncava pantalla de radar para navegación a ciegas.

Estaba amarrada de costado al muelle número 1 del Club Náutico, destacando sobre todas las otras como un reyezuelo entre su corte. No había paseante, que no le dirigiera una envidiosa mirada.

Sobre cubierta, más allá de la toldilla de popa, Johnny O'Keefe estaba sentado en un taburete, frente a frente con un hombrecillo delgado, de cabello ralo y ojos vivaces y hundidos. Los dos sostenían los naipes casi con unción.

O'Keefe acababa de cumplir los treinta años y era un gigante de pelo rojo, torso de titán y ojos muy azules. A su lado tenía una botella y de vez en cuando, con cierta indiferencia, se llevaba el gollete a los labios y trasegaba el *whisky* como si fuera agua.

—Esta vez, Albert, la cosa te saldrá bastante cara...

Arrojó las cartas sobre la mesa, mostrando un *full* de reyes y ases. El hombrecillo se estremeció.

—Si el yate fuera mío lo apostaría, Johnny... pero como no lo es, la partida ha terminado. Me has dejado limpio.

Contó unos billetes y los depositó cuidadosamente sobre la mesa, extendiéndolos uno a uno, desprendiéndose de ellos como de las niñas de sus ojos.

—Tienes una asquerosa suerte fenomenal —rezongó, echándose atrás.

—Tonterías. Ciencia, nada más que ciencia —replicó O'Keefe, agarrando la botella y dejándola al lado de los billetes—. Echa un trago y te sentirás mejor, viejo.

Albert Fenton dejó que el *whisky* ardiera en su garganta antes de apartar la botella y gruñir de disgusto. Fue al inclinarse para dejarla a un lado cuando descubrió al hombre del muelle.

—¡Eh! —dijo—. Es la tercera vez que veo a ese tipo dando vueltas ahí abajo.

—¿Qué tipo?

Lo señaló sin disimulo. El hombre vestía de oscuro, era casi calvo a pesar de su juventud, y sus ojos tenían una mirada huidiza, pálida y helada.

Johnny se encogió de hombros.

—Un soñador —rió—. Apuesto que imagina que el yate es suyo y que está dando la vuelta al mundo. Al demonio con él. ¿Qué piensas hacer esta noche?

Fenton dirigió una mirada al hombre vestido de oscuro, que se alejaba en aquel momento, y dijo de mal talante:

—Acostarme. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¡Vaya pregunta para formularla en Niza! Hay montones de cosas que pueden hacerse aquí, y no solo precisamente.

—Me quedaré a bordo y me acostaré —insistió el hombrecillo con su voz amargada—. Por otra parte, hasta pasado mañana mi situación económica seguirá siendo desesperada. Está decidido, me quedo.

—Bueno, allá tú; yo tengo una cita con una rubia nórdica que quita el sentido. Se llama Freda y...

—¡Ahórrame los detalles, maldito irlandés! ¿Por qué no te quedarías en tu apostosa tierra?

Johnny se echó a reír. Su amplio tórax desnudo acusó la risa y los músculos vibraron igual que en una lección de anatomía.

—Tú estás amargado porque te he dejado sin blanca, Albert —dijo risueño—. Pero si mal no recuerdo, hace un mes me ganaste la paga entera, hasta el último centavo... Piensa en eso y tu humor mejorará.

—Sí, es como para estar de humor...

Johnny le miró. Sentía cierto afecto por aquel individuo débil y quejumbroso. Y le divertía además.

—Entiendo —exclamó de pronto—. Estás pensando en el patrón.

—No exactamente. No suelo pensar mucho en él, cuando no estoy trabajando. Más bien pienso en «ella», tú sabes...

—Ya veo... ¿Temas que te deje sin empleo?

—Realmente, mi empleo está en el alero. He sido el mejor secretario que Basil Dunbar ha tenido jamás. Le he resuelto incontables embrollos de todas clases... y de repente aparece con esa «secretaria»... ¿Para qué infiernos necesitaba una «secretaria», lo sabes tú?

—Bueno, puedo imaginarlo después de haberla visto a ella. Es una dama que detiene la circulación cuando pasa por las calles. Eso ya es un tanto a su favor. Y si además es eficiente como secretaria, el viejo ha empezado a sentir que se le alegraban las pajaritas y la ha contratado.

Fenton esbozó una mueca de disgusto y se levantó. El sol acababa de hundirse tras los montes y una claridad pálida y gris se extendía por el puerto.

—Me voy abajo —gruñó.

Sólo que al iniciar la marcha se detuvo en seco. Johnny levantó la mirada cuando se disponía a encender un cigarrillo.

—¿Qué ocurre?

—El fulano otra vez.

En efecto, el hombre vestido de oscuro había aparecido de nuevo muy cerca de la pasarela. Albert Fenton dijo:

—Tú eres el capitán de este cascarón, Johnny; deberías empezar a preocuparte por el espionaje de ese tipo.

—Creo que tienes razón.

Se levantó, irguiéndose con toda su estatura de gigante. Su torso se abombó al desperezarse, pero sus ojos no se apartaban del extraño individuo que parecía espiar el yate.

Fumando despreocupadamente, Johnny se acercó a la pasarela, acodándose sobre la borda.

—¿Busca algo amigo? —interrogó con su vozarrón.

—No... este, quizá sí... Ese es el yate de *monsieur* Dunbar, ¿no es cierto?

—Sí.

Tenía una voz suave que no entonaba con la extraña mirada de sus ojos.

—Quería pedirle trabajo —añadió.

—¿Trabajo a bordo, quiere decir?

—Justamente. Me gustaría mucho trabajar para él, en el yate.

—No es usted el único. Recibimos peticiones todos los días. Pero no hay nada libre.

—Quizá si hablase con él...

Johnny suspiró pacientemente.

—Está hablando con el patrón del yate, de modo que lo sé bien. Por otra parte, míster Dunbar está en Roma. Negocios, ni más ni menos.

—Claro, claro... Bueno, quizá tenga más suerte otra vez.

Giró sobre los talones y se alejó. Johnny frunció el ceño y notó una sensación viscosa en la espalda, como si hubiera estado a punto de pisar una culebra. Se irguió y arrojó el cigarrillo al agua.

Había dado media vuelta para encaminarse a su camarote, cuando la voz del desconocido le detuvo:

—¡Eh, usted! —exclamó al ver que se disponía a subir a bordo. ¿Qué demonios cree que es esto?

El desconocido se detuvo en seco. En sus ojos de reptil había una mirada de pánico.

—¡Tiene que ayudarme! —barbotó.

—¿Qué demonios...? Esto es un yate de lujo, no una institución de caridad. ¡Largo de aquí!

—¿No comprende...? He de ver a Basil Dunbar...

—¡Le he dicho que está ausente!

El hombrecillo miró por encima de su hombro. Dio un brinco y avanzó por la pasarela. Johnny dijo:

—Tal vez necesites un buen baño, camarada, y voy a proporcionártelo...

En aquel instante sonó el estampido. Fue un disparo sin la menor duda, y la bala zumbó alta, por encima de los dos hombres.

O'Keefe se arrojó detrás de la borda. Oyó el grito de terror del hombre y sus pasos acercándose... luego hubo otro disparo y los pasos se detuvieron.

Johnny se arriesgó a asomar la cabeza. Vio al hombre vestido de oscuro cómo se tambaleaba, con las manos agarrotadas a la espalda...

—¡Espere! —gritó instintivamente.

Saltó hacia él cuando en alguna parte el motor de un coche rugía al alejarse, pero no llegó a tiempo. El desconocido perdió pie y cayó de costado, zambulléndose en el mar igual que un plomo.

Sobre cubierta apareció Fenton seguido de dos marineros.

—¿Qué han sido esos disparos, Johnny? —gritó.

—¡Acaban de matar al tipo en mis narices...! Que alguien prepare una cuerda...

Dio un salto y se hundió junto al yate como una flecha. Buceó luchando para hundirse apresuradamente en las oscuras aguas que el anochecer convertía en una masa sórdida y negra...

Sus poderosos músculos le impulsaron cada vez más. Empezó a notar el característico zumbido en los oídos, pero no se dio por enterado todavía...

De pronto sus manos azotaron un cuerpo grueso y pesado. Lo sujetó furiosamente y el mismo peso le obligó a hundirse unas yardas más. Pataleó entonces y empezó a subir dificultosamente, valiéndose de una sola mano. La masa inerte que sostenía en la otra era una carga igual al plomo.

Cuando al fin asomó la cabeza fuera del agua lanzó un gruñido de disgusto:

—¡La cuerda! —pidió.

Ató el cuerpo del desconocido para que los marineros del yate tirasen de él. Después nadó hasta el costado del yate y se encaramó por una delgada escalera de cuerda con la destreza de un mono.

Al saltar a cubierta descubrió la multitud de curiosos que se agolpaban en el muelle. Hizo una mueca, furioso. El agua, al deslizarse por su piel, le produjo un escalofrío.

Los marineros tendieron el cuerpo inerte del hombre sobre la cubierta. Tenía un orificio de bala en la espalda, a la altura del corazón.

—Un buen tiro —opinó O’Keefe con voz sorda—. Hay línea directa con la central del club, Albert. Llama a la policía antes que esos papanatas de ahí abajo invadan el yate.

Fenton corrió hacia el teléfono. Los dos marineros se quedaron montando guardia en la pasarela, inquietos y sorprendidos por aquel crimen que rompía la tranquila monotonía del puerto.

Johnny dijo:

—Voy a cambiarme de ropa. No permitan que nadie se acerque aquí, ¿entendido? Todo el que intente subir arrójenlo por la borda, sea quien sea.

Bajó las escaleras, perplejo todavía por el insólito acontecimiento. Ya no le cabía duda que aquel desgraciado de ojos de asesino había estado espionando el yate...

El comisario Armet era un hombre de cincuenta años, rostro jovial y cabello escaso y gris. Sus ojos oscuros tenían una mirada inquieta, casi humilde. No obstante, se clavaban en su interlocutor con fijeza y llegaba un momento que producían una sensación incómoda y desconcertante. Delgado, vestía con esmero y nada en él recordaba ni remotamente al sagaz policía que era.

Plantado sobre la cubierta del «Corsair», contempló impasible cómo los enfermeros, de blanco atuendo, desaparecían llevándose el cadáver del desconocido. Junto a él, Johnny O'Keefe consultó una vez más su reloj de pulsera. Estaba retrasándose para su cita.

El comisario dijo:

—Usted afirma que no conocía a ese hombre... ¿Tampoco lo había visto nunca?

—En absoluto. Cuando Festón lo ha señalado ha sido la primera vez. Al parecer, rondaba el yate desde hacía algún tiempo.

—¿Por qué?

—No me lo pregunte a mí. No lo sé.

El policía se volvió lentamente, encarándose con Johnny.

—¿Dónde está el propietario del yate? —indagó.

—En Roma. Asuntos de negocios. Le esperaremos en cualquier momento.

—Por lo que usted me ha contado, presumo que la víctima deseaba hablar con *monsieur* Dunbar, ¿no es cierto?

—Esa es la impresión que me ha producido. Al principio, con la excusa de pedirle trabajo. Luego, al verse acosado, me ha parecido más bien que tenía algo importante que decirle... a él o a mí, no lo sé. Y teniendo en cuenta que le han asesinado cuando intentaba subir a bordo es más que probable que la cosa fuera grave.

—Tal vez... No se producen muchos crímenes semejantes en Niza, *monsieur* O'Keefe. Sea lo que sea que ese hombre pretendiera decirles, es indudable que tendrá consecuencias de una clase u otra. Supongo que no tendrán ustedes intención de zarpar por ahora...

—Eso dependerá de las instrucciones de *mister* Dunbar.

—Sí, claro, claro... Hablaré con él a su regreso. Entretanto veré si podemos identificar a la víctima del crimen. En cuanto a los asesinos,

capitán...

—Nada. No los he visto siquiera. Supongo que dispararon desde un coche, porque recuerdo haber oído un motor alejándose, pero nada más.

—Perfectos métodos de *gánsters* —rezongó el comisario—... No, decididamente, esa clase de cosas no son frecuentes en Niza. Alarmarían al turismo, usted sabe. Le ruego que si observa cualquier cosa fuera de lo normal alrededor del yate se apresure a notificármelo. ¿Conforme?

—Lo haré. Y para más seguridad, a partir de esta noche habrá siempre alguno de los tripulantes de vigilancia. No quiero más líos.

—Perfectamente...

El comisario Armet estrechó la mano del musculoso marino y descendió la pasarela, encaminándose al coche policiaco que le aguardaba.

O'Keefe se rascó la nuca, perplejo. Aquello venía a complicar la plácida vida de a bordo.

Miró más allá del coche de la policía, hacia las luces de los muelles deportivos y las negras sombras que separaban éstos del refulgir brillante de la ciudad.

Luego, pensó en su cita y dio un respingo, acercándose a una escotilla.

—¡Maurice! —gritó.

Un marinero asomó la cabeza casi al instante.

—En todo momento quiero que haya vigilancia en la pasarela. Relévense cada dos horas, pero ningún desconocido debe acercarse al barco. ¿Entendido?

—Perfecto, capitán.

—Encárguese de los turnos. Yo he de bajar a tierra.

—Está bien.

Dudó entre vestirse con más protocolo o descender tal como estaba, con el pantalón blanco de hilo y la camisa veraniega, suelta y cómoda. Decidió que eso era suficiente y se encaminó al muelle.

Mientras se alejaba en un taxi rumbo al lugar de la cita, no podía apartar de su mente el extraño y sangriento suceso. Si aquel tipo tenía algo que decirle referente al yate, no cabía duda que habría que andar con cuidado para evitar sorpresas. Un hombre como Basil Dunbar, con una ingente fortuna respaldándole, importantes intereses petrolíferos, una compañía naviera... Forzosamente debía tener enemigos. Todos los grandes buitres de las finanzas los tienen, monologó, y Dunbar no iba a ser una excepción.

Dejó el taxi frente al Café de París, cuya oscurecida terraza estaba abarrotada de gentes de todos los puntos del globo, ataviados con chillones atuendos, cargados con cámaras fotográficas y consumiendo alcohol en grandes cantidades.

Freda estaba sola en una mesa saboreando una bebida de color ambarino refulgente. Era una mujer de excepcional apariencia, una rubia

walkiria de anchos hombros, busto desafiante y largas piernas de hermoso moldeado. Sus ojos azules parecían inexpresivos, pero en sus profundidades refulgía un fuego latente pronto a convertirse en llama.

La mirada que dirigió al marino no fue precisamente amable.

—¡Media hora! —estalló cuando él tomó asiento—. ¡Media hora de retraso! ¿Quién te has creído que eres, gigantón?

—Lo siento. No ha sido culpa mía.

—Excusas. He tenido que pelear a brazo partido con todos los hombres de la terraza, empeñados en consolar mi soledad... ¿Crees que puedes dar plantón a una mujer solo porque pasas de los seis pies de altura?

—Bobadas. Un asesinato me ha impedido llegar a tiempo.

—¡Qué bobadas ni qué...! ¿Qué has dicho?

Dio un respingo y estuvo en un tris de derribar la mesa.

Johnny esbozó una sonrisa.

—Un asesinato —repitió.

Ella le contempló con sus grandes ojos desorbitados.

—¿Quieres decir que has matado a alguien?

—No seas tonta, corazón. Han asesinado a un tipo en la pasarela del yate. A tiros —puntualizó, al tiempo que hacía señas a un camarero.

—¿No estarás tomándome el pelo, Johnny, cariño?

—En absoluto. Ha sido algo muy desagradable.

—Lo imagino. Cuéntame, amor...

Primero pidió un *whisky* doble con hielo. Sólo cuando el camarero se hubo alejado explicó el suceso advirtiéndole cómo ella le escuchaba atónita.

—¿Y por qué lo han matado? —preguntó Freda al final.

—Esa es una gran pregunta, nena. Te aseguro que me gustaría conocer la respuesta. Y ya basta de crímenes. ¿Qué hacemos esta noche, además de amarnos, por supuesto?

Ella le miró. Habla olvidado sus reproches como por ensalmo.

—¿Baile? —propuso.

—Demasiada gente en todas partes.

—Eres un tipo posesivo, amor mío... ¿Un cabaret entonces?

—No necesito ver a ninguna otra mujer despojándose de sus ropas —rezongó él—. Me basta contigo.

Ella se echó a reír. El camarero llegó entonces, abriéndose paso por entre la multitud. Apenas se había alejado embolsándose el dinero, cuando la hermosa sueca susurró:

—¿Sabes qué me gustaría?

—Dímelo.

—Nadar.

—¿Qué?

—Tú y yo solos, Johnny.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Hace calor. El mar estará caliente...

—Bien, me parece una gran idea, por supuesto —rió entre dientes antes de añadir—: De vez en cuando demuestras cierto talento natural, pequeña...

—Sabía que te gustaría la idea. ¿Vamos?

Apuró el *whisky* y abandonaron las sillas, sorteando las mesas y la multitud que lo invadía todo.

—Conozco una pequeña ensenada ideal para nadar bajo la luz de la luna. Supongo que el bañador seguirá en el coche todavía, ¿no?

Ella asintió. Recorrieron una buena parte del paseo de La República antes de encontrar el pequeño «MG» de Freda, sobre cuya carrocería roja chispeaban las luces.

Poco después ella conducía en busca de carretera de la Corniche.

—Guíame —dijo solamente.

—Un par de millas más adelante ya te indicaré. ¿Te das cuenta que esta noche todavía no te he besado?

—¿En medio de la gente?

—Aquí no hay gente —rió.

—Echa un vistazo al cuenta-millas, cariño.

Lo hizo y dejó de reír. Marcaba setenta. De modo que se abstuvo de besarla y recostándose en el asiento encendió un cigarrillo con el encendedor eléctrico del *tablier*.

El aire cálido de la noche mediterránea agitaba los largos cabellos rubios de la muchacha, y la velocidad parecía excitarla hasta el punto que sus ojos relucían.

Johnny, con la cabeza apoyada en la parte superior del bajo respaldo, completamente relajado, gruñó:

—No puedo quitarme de la cabeza al pobre tipo.

—¿Qué tipo?

—El muerto.

—¡Oh, deja de hablar de eso ahora! Voy a dar una lección a ese grandullón.

Él se quitó el cigarrillo de los labios y ladeó la cabeza.

—¿Grandullón? —dijo—. ¿De qué estás hablando?

—Del «Mercedes». Le gustaría pasarnos, pero va a comer polvo hasta que lleguemos a la meta.

Johnny se enderezó, volviendo la cabeza. Las potentes luces de un coche se distanciaban en aquel instante, por efectos de la acelerada de Freda.

—¿Cómo sabes que es un «Mercedes»? —refunfuñó—. Sólo veo los faros.

—He visto ese coche cuando salíamos de Niza. Es un «Mercedes» nuevecito, de color gris plata.

O'Keefe arrugó el ceño.

—Tal vez empiezo a ver fantasmas, nena, pero no me gusta eso.

Ella ni siquiera le oyó, inclinada sobre el volante, gozando con la velocidad. De pronto, Johnny gruñó:

—Atención ahora..., tienes el desvío a menos de doscientas yardas.

—¡Eh, haber avisado con tiempo...!

Los frenos chillaron sobre el asfalto. Luego, con un seguro golpe de volante, el veloz «MG» se internó por un camino desigual y lleno de baches.

Johnny miró hacia atrás y vio el otro coche pasar como una saeta en dirección a Cap Ferrat. Suspiró con alivio.

—Puedes parar ahí delante... en ese pequeño promontorio.

Ella obedeció, cerrando el contacto y aplicando el freno de mano. Sacó las llaves del *tablier*, ofreciéndoselas a O'Keefe.

—Tu bañador y las toallas están en el portaequipajes.

—¿Y tú?

—Yo lo llevo puesto.

Mientras él abría el compartimento trasero, Freda se despojó del vestido veraniego. Su cuerpo refulgió a la luz de la luna adornado solo con un «dos piezas» breve de color blanco salpicado de lunares negros.

—Puedes cambiarte en el coche —propuso—. Voy a zambullirme ahora mismo.

—¡Eh, espera un minuto!

Pero ella ya corría por el suave declive que conducía a la pequeña caleta, donde la quieta superficie del mar lamía las rocas y la arena.

Johnny se puso el bañador en unos segundos. Arrojo el resto de sus ropas al asiento del coche, tomó las toallas y encendió un cigarrillo, aspirando el humo con placer.

La voz de la muchacha llamándole, le decidió a acercarse al agua. Ella nadaba ya, sosteniéndose cerca de la arena.

—¡Está deliciosa, Johnny! —exclamó—. ¡Vamos! ¿Qué esperas?

—Terminar el cigarrillo.

Acababa de fumarlo cuando escuchó un golpe sordo arriba, hacia donde debía quedar la carretera. Se volvió en redondo, maldiciendo entre dientes porque a raíz del crimen las suspicacias no le abandonaban.

Freda salió del agua como una sirena de extraordinaria belleza.

—Pero, ¿qué haces ahí como un monigote, cariño? —le espetó acercándose.

—¡Chist!

—¿Qué pasa?

—¡Silencio, pequeña!

Ella se apretó contra él, un poco asustada al fin.

—Johnny...

—He oído algo arriba —musitó.

Ella le rodeó con sus brazos, tranquilizada.

—Un coche en la carretera, tonto...

—En todo caso, es un coche que se ha detenido muy cerca del desvío.

—¿Y qué? Empiezas a ver fantasmas, cariño. Vamos a nadar y deja de preocuparte por nada.

Él estuvo tentado de hacerle caso. Luego lo pensó mejor, cuando escuchó el característico sonido de la llanta de un coche al pisar arena. Y no se oía ningún motor...

Se puso rígido. Otra vez pensó en la muerte del desconocido y en el coche que se había alejado después de disparar...

—No te muevas de aquí —susurró—. Eso no me gusta nada.

—¿Tratas de asustarme?

No replicó y comenzó a deslizarse hacia las rocas que bordeaban la pequeña caleta.

Al llegar arriba distinguió la oscura masa de un coche de gran tamaño parado detrás del «MG» de Freda. Las portezuelas estaban abiertas y no pudo distinguir a nadie por los alrededores.

Justo en aquel instante oyó el grito de la muchacha.

Dio un salto, porque aquel grito había reflejado espanto y alarma a un tiempo. La oyó gritar de nuevo, abajo, en la playa. Se precipitó por las rocas lastimándose los pies descalzos, rechinando los dientes de ira mal contenida.

Vio un confuso grupo agitándose. Dos hombres y Freda, a la que trataban de sujetar sin conseguirlo porque la muchacha se debatía como una pantera. Cuando los asaltantes se dieron cuenta de su presencia apenas tuvieron tiempo de reaccionar, porque sus pies descalzos no produjeron ningún ruido.

Disparó un derechazo salvaje que aplastó la nariz y la boca de uno, arrojándolo lejos de Freda. El otro se revolvió, retrocediendo. Cuando quiso atacarlo descubrió el relámpago del acero en la mano del desconocido.

—Usted es O'Keefe —masculló el tipo en francés—. Nos preguntábamos dónde andaría...

Avanzó agazapado, los ojos como llamas y todo el furor del mundo rugiendo en su corazón de luchador.

Freda ahogó un sollozo. Luego susurró:

—¡Han dicho que van a matarnos, Johnny...!

—¿Si?

El del cuchillo inició una finta. Johnny pegó un brinco desplazándose con la velocidad de un gato para colocarse fuera del alcance del cuchillo. El otro asaltante rebullía sobre arena, escupiendo sangre y tratando de levantarse.

—¡Vete al coche, Freda! —gritó el marino.

Ella comenzó a retroceder, pero el hombre del cuchillo se apresuró a cerrarle el paso, de modo que solo pudo apartarse de él acercándose al mar.

El otro hombre consiguió levantarse. Estaba aturdido por el mazazo recibido, y el hecho de que tuviera la nariz rota acababa de dejarlo en inferioridad de condiciones. No obstante, empuñó también un largo estilete con el que se aprestó a tomar parte en la pelea.

Johnny dominó el furor y trató de razonar fríamente. Sabía los mortales riesgos de semejante clase de lucha. En su azarosa vida aventurera por todos los mares del globo había peleado infinidad de veces, con toda clase de gentes, y algunas cicatrices en su macizo cuerpo eran buen testigo de ello. Pero esos dos hombres eran asesinos cuyo único fin era matar. No sabía por qué razón, pero era así y no cabía darle vueltas. Sólo había una manera de evitar la muerte, y era matando. Freda era un estorbo y un inconveniente, pero se desentendió de ella cuando avanzó despacio hacia el de la nariz rota.

El otro atacó entonces, tal como había calculado. Johnny giró sobre los pies con un movimiento centelleante y el asesino trastabilló al tratar de detenerse en su embestida.

No tuvo tiempo de hacerlo porque un pie golpeó su pierna, haciéndole perder el equilibrio. Rodo por la arena cuando ya el otro lanzaba un tajo lateral con el cuchillo. Johnny solo tuvo el tiempo justo de saltar de costado.

Un gruñido de triunfo escapó de los rotos labios del criminal. Envalentonado, volvió al ataque dispuesto a terminar de una vez. Sólo que entonces, una garra de acero se cerró sobre su muñeca armada, notó un brutal tirón y cuando intentó detener el empuje de su enemigo, su brazo se quebró y él empezó a chillar, enloquecido de dolor.

Johnny le arrebató el cuchillo. Justo en aquel instante, Freda lanzó un grito de aviso. Se revolió como un tigre acosado para enfrentarse al otro enemigo, que se había levantado atacándole por la espalda. Y esta vez no esquivó. Esperó la acometida como si quisiera darle facilidades, y en el instante en que la brillante hoja de acero se dirigía a su pecho se arrojó de lado, en un salto semejante al de un nadador al lanzarse desde un trampolín. Pero lo hizo con el brazo armado por delante y notó cómo el arma se hundía en una masa blanda y escuchó el aullido desgarrador del asesino en el instante en que ambos rodaban por la arena.

Retiró la mano y repitió el golpe. De nuevo el cuchillo se enterró en el cuerpo estremecido del hombre, que dejó de gritar. Notó todavía la contracción agónica de todos sus músculos. Después, quedó inmóvil y él se levantó de un brinco.

Freda gritó:

—¡Se dirige al coche, Johnny!

Echó a correr como un gamo, sin ver ni rastro del tipo del brazo roto. Antes de llegar a donde estaba el «MG» oyó el rugido del poderoso «Mercedes» al ponerse en marcha, y luego, al desembocar en el pequeño claro, llegó a tiempo de ver alejarse el coche en medio de escalofriantes bandazos. El tipo del brazo roto estaba haciendo prodigios para huir conduciendo con una sola mano.

Se detuvo. Jadeaba más de furor que de cansancio. Entonces se dio cuenta que todavía empuñaba el ensangrentado cuchillo y estuvo tentado de arrojarlo lejos de sí, pero reflexionó que la policía querría verlo y, con un gesto de repugnancia, lo envolvió en su pañuelo, que recogió del asiento del «MG».

Cuando se disponía a regresar a la playa, Freda llegó convertida en un amasijo de nervios, casi histérica. Johnny la abrazó, estrechándola sobre su duro pecho para calmar su excitación y quitarle el miedo.

—Ya pasó —dijo entre dientes—. No tienes nada que temer, querida

—Pero, Johnny, ¿quiénes eran esos hombres?

—No los había visto nunca.

—Iban a matarnos..., me lo dijeron... y parecían gozar con la idea...

—Sádicos, ni más ni menos.

Inclinó la cabeza y la besó en los labios. Primero, ella siguió rígida, tensa, a causa del terror pasado. Luego, sus miembros se relajaron y su boca devolvió el beso centuplicado, anhelante de aquella caricia que era como un sedante para sus agarrotados nervios.

Después él gruñó:

—Nos han estropeado la noche, nena. Debemos presentar la denuncia a la policía cuanto antes. Además, esa carroña de ahí abajo debe ser retirada también.

Ella se dejó conducir hasta el coche. Johnny O'Keefe se acomodó ante el volante y condujo de vuelta a Niza. Fijándose bien en el recorrido para asegurarse de que el brillante «Mercedes» de color gris plata no aparecía de nuevo con otra carga de asesinos a bordo.

Pero nada sucedió en todo el trayecto. Él pensaba en la hermosa noche perdida...

3



Alguien, hacía ya tiempo, le había colocado el nombre de Apestoso antepuesto a su apellido: Duelos. Eso fue en cierta ocasión que vivió a expensas del Estado durante cinco años, en sus lejanas mocedades. En el penal eran aficionados a distinguir a cada uno con un nombrecito más o menos pintoresco. El de Apestoso, por entonces, se lo ganó por méritos propios.

Eso fue entonces, pero con el tiempo cambió de aspecto, de maneras y de hedor. No obstante, el mote le había quedado y la mayoría de conocidos le nombraban por él porque desconocían su nombre verdadero.

Apestoso Duelos era una celebridad en los bajos muelles de Marsella. En sus sórdidas callejuelas, siempre llenas de niebla y de mujerzuelas era considerado como un pequeño reyezuelo... hasta que le trincaron la última vez. Entonces perdió buena parte de su popularidad.

A muy poca gente le gustaba Duelos. Quizá, incidentalmente, pudiera surgir alguna persona de buena fe, miope o retrasada mental que tomara al hombre por alguien decente, un poco tímido y hasta amable. Pero era la suya una amabilidad más bien repugnante, viscosa, porque detrás de ella se encerraba toda la maldad del infierno.

Sus ojos le delataban. Eran unos ojos fríos, vacíos de expresión, como si estuvieran velados por una fina película incolora que les daba cierta semejanza con los de una serpiente.

Apestoso Duelos, después de su último tropiezo con la Ley se había prometido a sí mismo cambiar de vida. Tenía casi cuarenta años, una edad ideal para sentar la cabeza; poseía algunos ahorros porque era hombre previsor, y cuando las puertas de la cárcel se abrieron para él se juró que jamás volvería a ella.

Luego le llegó aquella carta y los diez mil francos fuertes y sus buenos propósitos se esfumaron. La carta decía que debía trasladarse a Niza y esperar nuevas instrucciones, de modo que ahí estaba, en la pensión Atlántique, aburriéndose y, de vez en cuando, acariciando su ancho puñal de gruesa hoja, modificado por él mismo porque Duelos era un tipo consecuente en su trabajo.

Siempre que sentía el acero entre las manos se estremecía voluptuosamente. Su retorcida mente de asesino nato vivía felices instantes de anticipación en alas de unos acontecimientos que deberían llegar en

cualquier momento.

Le hubiera gustado ser un poco más inteligente para comprender por qué gozaba con la muerte. Desde que vio sangre por primera vez, a sus quince años, había instantes en que su cerebro se encabritaba y lo veía todo rojo, y deseaba que la sangre corriera como un torrente... aunque solo fuera para calmar aquella dolorosa desazón que crecía y crecía, rugiendo en sus entrañas como una bestia hambrienta de violencia.

Realmente, Apestoso Duelos hubiera hecho las delicias de todo buen siquiatra, solo que jamás ninguno se había interesado por él, ni siquiera en sus épocas de forzado «descanso».

Estaba empezando a cansarse de su forzada inactividad cuando le llegó la segunda carta. Era muy breve. La leyó varias veces para estar seguro de recordar su contenido, aunque eso era fácil por cuanto en ella solo le ordenaban vigilar un yate llamado «Corsair» para enterarse del regreso de su propietario. Después recibiría nuevas instrucciones y diez mil francos más.

Quemó la misiva y abandonó la pensión, impaciente por hacer el trabajo y regresar a Marsella. Niza no le gustaba. Demasiada gente vestida estrafalariamente, chillona y curiosa. Y demasiado lujo. ¿De dónde sacarían el dinero que derrochaban a manos llenas?

En realidad, odiaba a aquella humanidad feliz y despreocupada, como odiaba a todo ser viviente que pareciera estar por encima de él. Le hubiera gustado acabar con todos armado de su cuchillo, verlos retorcerse de terror ante suplicándole clemencia, sollozando de miedo, arrodillados a sus pies...

Entró en un bar. Como el resto de la ciudad, el establecimiento estaba atestado. No obstante, por algún insólito hechizo, cuando él se acercó al mostrador se apresuraron a apartarse dejándole espacio suficiente para acodarse en la barra. Advirtió las huidizas miradas de que era objeto, pero estaba acostumbrado a ello y no hizo el menor caso.

Pidió pernod, y mientras lo saboreaba se preguntó una vez más quién sería el desconocido que le había enviado el dinero y las instrucciones. No es que le gustara trabajar para desconocidos, pero diez mil francos primero y otros tantos dentro de poco sumaban una bonita suma que redondearía sus bien escondidos ahorros.

Saboreó su bebida, pagó y volvió a la calle, encaminándose a los muelles. Ese nombre, «Corsair», le recordaba algo... algo que llamara su atención.

Recordó de súbito. Habían liquidado a un tipo en la pasarela de ese barco. Recordó haberlo leído en el periódico de la mañana. No le gustó la coincidencia, si es que lo era.

Se cruzó con un grupo de muchachas que alborotaban el aire con sus risas. Llevaban unos diminutos *shorts* y tenues blusitas que apenas podían

suavizar un tanto las agresivas turgencias de sus bustos juveniles. Apestoso Duelos les dirigió una mirada de disgusto. Cuerpos, ni más ni menos. Cuerpos conteniendo sangre y tendones en los que hacer maravillas con un cuchillo como el suyo. Sacudió la cabeza. Los negros pensamientos casi le hicieron olvidar la naturaleza de su inmediato trabajo.

Entonces surgió ante su vista la esbelta silueta del «Corsair» y Duelos se detuvo. Le gustó el yate, quizá porque presumía que el propietario de aquel palacio flotante estaba destinado a acabar en la punta de su acero...

* * *

El gran avión de Alitalia procedente de Roma planeó suavemente disponiéndose a tomar tierra en el aeropuerto de Niza. Pasó por encima del cabo Antibes, sobre el extremo de la bahía, descendiendo del cielo como un inmenso pájaro plateado. Los bañistas que retozaban en las playas de Cros-de-Cagnes alzaron la mirada cuando la monstruosa sombra de la aeronave pasó rauda por encima de la arena con un rugido ensordecedor.

Al fin enfiló los marcadores que jalonaban la pista, descendió con perfecta suavidad y acabó posándose en tierra, deslizándose a doscientas millas por hora hacia el otro extremo de la cinta de cemento.

Los ilusionados viajeros se agolparon a la salida del aparato, deslumbrados por el rutilante sol de Niza. Muchos turistas adinerados, algunas solteronas inglesas que regresaban de Roma con centenares de fotografías turísticas y los ojos llenos de luz.

Basil Dunbar fue el último en descender la escalerilla, acompañado de su secretaria, Sabine Faxon.

Dunbar era un hombre corpulento, sanguíneo, ligero de movimientos a pesar de su tamaño, y ferviente enamorado de la vida. Sus ojos azules tenían un brillo casi infantil, que solía engañar a sus competidores porque detrás de esa mirada inocente se escondía la dureza del diamante.

Como contraste, Sabine era una muchacha de veinticinco años, de estatura mediana, cuerpo soberbio y bien proporcionado, piernas exquisitas que la minifalda descubría en su mayor parte, y un rostro lleno de picardía, hermoso y excitante con la roja llama de sus labios y la mirada provocativa de sus ojos verdes.

Realmente, Dunbar estaba orgulloso de su secretaria, y no solo por ser ésta una belleza fuera de serie, capaz de atraer la atención donde quiera que apareciese, sino por ser verdaderamente competente en su cargo. Había tenido mucha suerte al encontrarla.

—¿Te alegra estar de regreso? —preguntó, mientras se dirigían a la aduana.

—Por supuesto. Adoro Niza. Es un pequeño paraíso encantador.

El rió. Con el mismo entusiasmo, ella se había extasiado ante las bellezas de la Roma eterna.

—Podremos quedarnos una temporada —comentó Dunbar—. No hay nada que reclame mi atención inmediata.

—¡Magnífico! ¿Nos alojaremos en el yate, o en un hotel?

El hombre se encogió de hombros.

—Donde tú prefieras, aunque yo elegiría el hotel. Más cómodo y mejor atendido.

—Bien, pero me gustará también navegar en el «Corsair», Basil.

—Lo haremos, por supuesto.

—¿Sabes tus empleados que llegas hoy?

—Ni una palabra. Nunca les aviso. Es una manera como otra cualquiera de tenerlos siempre alerta en sus obligaciones, aunque son hombres magníficos, de absoluta confianza.

Fuera del aeropuerto, en la explanada que servía de estacionamiento, brillaban al sol incontables carrocerías de todos los colores, tamaños y formas. La pareja se encaminó hacia un «Jaguar» de ocho cilindros que aguardaba, como una fiera agazapada. Basil Dunbar depositó las dos pequeñas maletas en el asiento trasero y pronto estuvieron rodando hacia la ciudad.

De pronto el financiero dijo:

—Por descontado, Sabine, no quiero que nadie sepa una palabra de nuestra escapada a Suiza. Eso debe quedar entre nosotros. ¿Conforme?

—Ya lo imaginaba. Secreto profesional —rió la hermosa muchacha. Luego se puso seria y de repente añadió—: De todas formas, no deja de inquietarme un poco tanta responsabilidad, Basil.

—Tonterías. Eres demasiado inteligente para preocuparte por una cosa así. ¿Hotel de Francia, querida?

—Lo que tú digas.

Basil Dunbar tenía una *suite* permanente en el histórico hotel, y su presencia era acogida siempre como la de alguien tan importante que movilizaba la totalidad del personal disponible. Una nube de botones se precipitaron hacia el coche, aunque parecieron un tanto desencantados al advertir las dos pequeñas valijas. Pero revolotearon al lado del financiero mientras éste, llevando del brazo a la escultural secretaria, se dirigía a recepción.

Reclamó su llave, aceptó las aduladoras frases del encargado y se dirigió después a los ascensores.

La *suite* estaba en el último piso. Constaba de tres dormitorios espaciosos, dos cuartos de baño resplandecientes, una salita íntima y otra dependencia que el millonario utilizaba a veces como despacho. Una gran terraza permitía contemplar un glorioso panorama de la ciudad, con el mar azul al fondo y un retazo de playa abarrotada de bañistas.

Sabine abrió las cristalerías, dejando que el sol entrara libremente en la salita. Dunbar se despojó de la americana, tomó el teléfono y se dejó caer en las profundidades de un enorme butacón.

Pidió comunicación con el yate, y cuando la obtuvo preguntó:

—¡O’Keefe! ¿Está a bordo?

Una voz súbitamente alerta dijo:

—Sí, señor. No sabíamos que estuviera usted de vuelta, señor.

—¿Es usted, Fenton? Acabamos de llegar. ¿Algo nuevo?

—Pues... éste... realmente, sí, señor. Pero O’Keefe desea explicárselo él en persona.

—Avísele entonces —ordenó intrigado.

La voz del capitán del yate sustituyó a la de su secretario. Siempre que escuchaba la voz del irlandés, Dunbar no podía evitar un leve sobresalto. No sabía a qué era debido, sí a la rotunda fuerza que se desprendía de ella, o quizá porque le recordaba el pasado del gigantón que patroneaba su nave.

Esta vez sucedió lo mismo, y le pareció advertir además que la voz del marino era más dura que de costumbre.

—¿Qué es lo que ocurre, O’Keefe? —gruñó—. Fenton parecía muy preocupado.

—Tenía motivos para estarlo, patrón. Mataron a un hombre en la pasarela del yate.

—¡Qué!

—Luego trataron de asesinarme a mí, en la playa. La policía cree que se trata de atentados contra usted en realidad, aunque mi opinión personal es que no saben por dónde navegan...

—¡Espere un minuto! —le atajó, estupefacto—. ¿Quiere decirme con todo esto que alguien trató de matarlo a usted?

—Así es.

—Debía ser algún loco para atreverse a eso...

—En todo caso, patrón, eran «dos» locos. Maté a uno y le rompí el brazo al otro, que logró escapar.

Dunbar notó un intenso frío en la espina dorsal.

—¿Mató usted a uno de sus atacantes?

—Sí.

—Ahora mismo voy para allá. Quiero saber los detalles, O’Keefe.

Colgó de un golpe, perplejo. O’Keefe era una joya. Jamás había contado con nadie tan resuelto y experto para patronear el «Corsair» y mantener el orden a bordo, en cualquier puerto del mundo, por turbulento que fuera. No obstante, la descomunal fuerza, la presencia salvaje de aquel irlandés de todos los demonios le producía escalofríos, al tiempo que le infundía también una gran confianza.

Sabine había escuchado sus frases por teléfono, y al verlo levantarse

resueltamente indagó:

—¿Qué ha sido eso de un hombre muerto, Basil?

—No he acabado de comprenderlo bien, pero parece que fueron dos muertos... ahora voy a ver a O'Keefe.

—¿Te importaría que viniera contigo? Me asusta la violencia, pero quizá pueda ayudarte si necesitas redactar alguna declaración o algo así.

—Mantendré a la policía lo más lejos posible de mis intereses —prometió abruptamente—. Pero primero veremos qué dice O'Keefe. Puedes venir conmigo si le deseas.

Emprendieron el camino del puerto a bordo del «Jaguar». El millonario no despegó los labios en todo el recorrido y la muchacha respetó su silencio porque conocía bien al hombre que era algo más que su jefe.

Aparcaron el auto en el lugar reservado para los socios del Club Náutico. El «Corsair» estaba a poca distancia, destacándose sobre los demás. Cuando se acercaron a él vieron al marinero que parecía montar guardia junto a la pasarela.

También se cruzaron con un hombre de ojos velados que les miró fijamente. Dunbar no le prestó atención y eso quizá fue un error, porque aquel hombre de mirar velado y frío, de rostro inexpresivo y ademanes furtivos, era Apestoso Duelos.

El criminal siguió a la pareja con su mirada glauca hasta verlos desaparecer en el interior del yate. Sólo entonces dio media vuelta, alejándose en dirección a su cuarto de la pensión Atlántique para aguardar la tercera y última comunicación que pondría en movimiento sus habilidades de matarife...

Con dedos inseguros abrió el abultado sobre y extrajo su contenido. Se quedó perplejo.

Primero sacó una hoja de papel con unos renglones garabateados de cualquier manera. Una cartulina cayó al suelo al mismo tiempo, pero no se ocupó de ella porque entre sus dedos habían aparecido también diez mil nuevos francos, un montoncito de billetes impresionante.

Andi Marcini parpadeó varias veces para asegurarse que no era víctima de una alucinación. Luego, contó el dinero.

Diez mil.

Estupefacto, volvió a meterlos en el sobre y solo entonces recogió la fotografía del suelo. Correspondía a un hombre de cara pequeña y pálida, casi calvo y que miraba al objetivo distraídamente, como si no supiera que estuvieran haciéndole una foto en los momentos en que fue impresionada.

Andi Marcini jamás había visto a aquel tipo enclenque.

Tras contemplar fijamente la imagen de la foto, introdujo ésta otra vez en el sobre, junto con los billetes. Y desplegó la hoja de papel.

«El hombre de la fotografía es Albert Fenton, secretario del financiero Basil Dunbar. Mátele de la manera más brutal posible y recibirá usted otros diez mil francos. Fenton se encuentra a bordo del yate “Corsair”, en el puerto de Niza».

Nada más. Marcini se estremeció, no ante la perspectiva de matar, puesto que eso no era ninguna novedad para él, sino por el hecho de que hubiera alguien que le conociera tan bien como para encargarle un asesinato con la seguridad de que lo llevaría a cabo. Por lo menos, el adelanto de diez mil francos implicaba esa seguridad en el éxito del crimen...

Trató de comprenderlo. Quizá se trataba de alguien que hubiera conocido en su reciente estancia en la cárcel...; había permanecido siete años encerrado y apenas llevaba dos meses de libertad. Pero todos sus conocidos del penal eran capaces de solucionar un problema como aquel por su propia mano. Entonces, ¿quién?

Se encogió de hombros. Veinte mil francos eran muchos francos por un «trabajo» tan sencillo. El corso volvió a sacar los billetes del sobre y acto

seguido quemó éste y la carta.

«De la manera más brutal posible», rezaba el escrito.

Eso le complació porque se adaptaba perfectamente a su modo de ser. Andi Marcini era un enamorado del dolor y la muerte, siempre que se tratara del dolor y la muerte de otro, por supuesto. En su tierra corsa, desde niño, había oído contar historias de crueldad y muerte, y luego las había podido contemplar de cerca, en las vendettas de los mañosos. Claro que eso fue antes de que tomara parte activa en esas actividades...

Volvió a contemplar la fotografía.

No habría dificultades con el tipo. Todo su aspecto era de debilidad. Ni siquiera tendría fuerzas para resistirle y eso le alegró porque le permitiría realizar una buena exhibición de sus habilidades.

Seguro de que también reconocería aquella cara allí donde la viera, quemó la fotografía. Cuantos menos rastros quedasen de su labor, más seguridad disfrutaría en el futuro.

Volvió a pensar en el desconocido individuo que le había mandado la pequeña fortuna, pero no se preocupó más de la cuenta por eso. Si era alguien capaz de pagarle veinte mil francos por algo tan fácil, no importaba mucho su identidad.

Andi Marcini guardó el dinero, acabó de vestirse y se lanzó a la calle para iniciar los preparativos del «trabajo». Por descontado, debía planearlo bien. Nada de improvisaciones..., la guillotina es una cosa muy fea, y se llega a ella con demasiada facilidad si uno no es prudente.

Y Andi Marcini, el corso, además de desalmado y sádico era también extremadamente prudente.

* * *

El comisario Armet dijo:

—Identificarlo ha sido fácil. Era un hampón llamado Pierre Mucat, con residencia habitual en Marsella. Estaba en libertad condicional desde hacía un mes. También sabemos que se había presentado en la fecha indicada ante la comisión judicial, pero después de eso desapareció.

Basil Dunbar esbozó un gesto de fastidio.

—Ese hombre jamás había sido visto en las cercanías del yate hasta que lo mataron. Me dice O'Keefe que también trataron de matarle a él y a una muchacha que le acompañaba. ¿Tampoco tiene usted ninguna pista al respecto?

El comisario Armet suspiró pacientemente.

—Monsieur Dunbar... estamos haciendo todo lo posible, créalo. Pero también el hombre que murió en la playa, a manos del capitán O'Keefe, era un hampón procedente de Marsella. Hemos pedido colaboración a las

autoridades de esa ciudad. Tal vez haya antecedenentes... cualquier cosa que nos permita adelantar algo. Por el momento, es un misterio sin sentido.

El millonario bufó.

—Si en un lugar de descanso como Niza —dijo—, los visitantes no pueden gozar de suficiente protección, será preciso pensar en un traslado a otras partes más seguras, comisario.

O'Keefe enarcó las cejas. Simpatizaba con el policía, por cuanto estaba en inferioridad de condiciones respecto al influyente naviero y millonario. También se daba perfecta cuenta de las dificultades que entrañaba una investigación como aquella, especialmente no sabiendo el motivo ni la razón de los crímenes y atentados. De lo que sí estaba seguro era de que seguiría habiendo más violencia, porque fuera quién fuera que había ordenado matarle a él, volvería a intentarlo a causa del primer fracaso de sus asesinos.

En consecuencia dijo:

—Opino que los hombres que me atacaron obedecían órdenes de alguien. ¿No lo oree usted así, comisario?

—Eso parece indiscutible.

—Bien, entonces podemos presumir que la cosa forma parte de un complot más extenso, o sea que no solo se trata de suprimirme a mí, sino de algo más. El hombre que fue muerto en la pasarela no quería hablar conmigo, sino con míster Dunbar. Si realmente tenía algo importante que decir, era a él a quién concernía, no a mí.

—Entiendo lo que quiere decir. ¿Insinúa acaso que el complot, o lo que sea que están tramando, va dirigido contra *monsieur* Dunbar?

—Eso mismo.

El millonario lanzó un gruñido.

—Eso no tiene sentido. Nadie ha atentado contra mí jamás, y en cambio sí lo han hecho contra usted, O'Keefe. ¿Ha pensado que pudo haber sido a causa de la mujer que le acompañaba?

O'Keefe sacudió la cabeza.

—Tonterías —dijo entre dientes—. Ella no conoce a nadie en Francia, y los tiempos de los galanes despechados han pasado a la historia. Por otra parte, ¿qué tendría eso que ver con el hombre que mataron en la pasarela del yate, ese Mucat, de Marsella?

El millonario no encontró respuesta para esa pregunta, de modo, que miró interrogativamente al comisario.

Este se encogió de hombros.

—Estamos efectuando una criba por toda la ciudad. Es posible que podamos encontrar otros hampones recién llegados... También hemos iniciado la búsqueda del hombre del brazo roto y de ese coche gris. Lástima que *monsieur* O'Keefe no pudiera distinguir la matrícula...

Basil Dunbar hizo un gesto impaciente con la mano.

—Todo eso está muy bien —gruñó—; pero no nos conduce a ninguna parte mientras no sepamos qué es lo que esa gente pretende. Espero la máxima diligencia por su parte, comisario, para que todos nosotros podamos gozar de tranquilidad y no tengamos que abandonar Niza en busca de otros lugares. Y le aseguro que si eso sucediera sería mucha más gente la que no volvería a pisar esta ciudad.

El comisario Armet sabía eso y muchas otras cosas. Dunbar tenía influencia, incontables relaciones sociales y amistades que rondaban de continuo lugares que él frecuentaba. Toda esa corte abandonaría Niza si él lo disponía, y cada uno de esos aduladores arrastraba consigo otra pequeña tropa de satélites, y entre unos y otros formaban la élite de los más asiduos residentes. El comisario se estremeció.

—Le aseguro que haremos todo cuanto esté en nuestras manos, *monsieur* Dunbar —prometió—. Les mantendré informados de nuestros progresos.

El millonario abandonó el despacho del comisario seguido de Johnny O'Keefe. En la calle les esperaba el «Jaguar», y ambos se acomodaron en el coche para regresar al yate.

Minutos después, Dunbar gruñó:

—¿Conoce usted a alguien en Marsella?

—Conozco gente en todas partes —replicó Johnny, precavidamente—. ¿A qué clase de personas se refiere concretamente?

—Hampones. Y no se ofenda. Usted goza de las amistades más estrafalarias en cualquier parte que toquemos con el yate.

O'Keefe rió con sorna.

—¿Por qué tendría que ofenderme? Esas amistades me han sido muy útiles a veces. Concretamente en Marsella... Sí, podemos decir que también allí tengo algunas relaciones en los bajos fondos de los muelles.

Basil Dunbar suspiró.

—Trate de averiguar qué saben de esos dos tipos muertos. No es preciso que le diga qué clase de preguntas debe usted hacerles, por supuesto. Un telegrama largo y explícito será suficiente.

—Lo haré, pero no confío mucho en los resultados. Esos tipos son tan reservados como una ostra.

El naviero le dirigió una mirada perpleja. Luego sonrió.

—Lo siento —dijo—. No crea que no me preocupo por lo sucedido... Le aprecio a usted, O'Keefe, y la sola idea de que le hubiera sucedido algo me pone frenético.

—Gracias, patrón, pero yo sé cuidarme muy bien solo. Me preocupa más lo que pueda suceder de ahora en adelante, usted sabe.

—Comprendo.

Anocheecía cuando los dos hombres subieron al yate. Un marinero continuaba montando guardia al final de la pasarela y al ver a O'Keefe

dijo:

—Todo está tranquilo por aquí, señor...

Johnny se detuvo, mientras el millonario se encaminaba a la cámara principal de la nave. El marinero dio un vistazo para asegurarse de que el dueño de la embarcación no se ocupaba de él y entonces murmuró:

—Tengo algo para usted, señor.

—¿Para mí?

Sacó un sobre y se lo entregó con una sonrisa de complicidad.

—Una chica —dijo—. ¡Y qué chica, madre mía!

Pensando en Freda, Johnny desgarró el sobre y extrajo una pequeña hoja de papel, evidentemente arrancada de una libreta de notas.

Todo lo que había escrito era:

«Esta noche en El Pato Rojo, a las once. Le interesa hablar conmigo. Sea puntual».

—¿Quién ha traído esto, Maurice?

—¿No le digo? Una muchacha de espanto... tenía unos... este... y unas curvas que... ¿entiende? Y se movía que daba vértigo.

Johnny resoplo, impaciente.

—Aparte de todo eso que te hace poner los ojos en blanco, ¿qué te ha dicho?

—Sólo ha preguntado por usted. Bueno, le he dicho que no estaba a bordo. Entonces se ha apartado un poco y ha escrito esta nota, o lo que sea. Llevaba uno de esos minivestidos, tan «mini» de arriba como de abajo que le dejaba a uno sin aliento. ¿Es una cita?

—Cierra el pico.

—Entonces es una cita.

O'Keefe subió a bordo, intrigado por la extraña misiva. En la cámara de navegación vio a Dunbar en compañía de Fenton y de su nueva secretaria y se detuvo para echarle una larga mirada. Pocas veces había visto una mujer tan espectacular en todos los aspectos.

Los ojos verdes de Sabine tropezaron con su mirada y la sostuvieron, casi desafiantes. Johnny esbozó una sonrisa y se dirigió a su camarote.

Descolgó el teléfono y un minuto después obtenía comunicación con Freda.

—Lo lamento, nena —dijo—. El patrón está de vuelta. Esta noche no podré reunirme contigo.

—¡Oh, Johnny! ¿Qué voy a hacer yo sola?

Johnny estaba seguro que la rubia walkiria no permanecería sola ni cinco minutos en cuanto saliera de su habitación. Pero solo dijo:

—Nos veremos mañana. Te llamaré fijando la hora. Y hasta entonces no hagas nada que me disguste, encanto, o te ganarás una azotaina.

La oyó reír y cortó la comunicación. Con Freda nunca había problemas porque los dos sabían qué podían esperar uno del otro.

Tras esto, se desvistió, cambiándose de ropa. Se puso unos pantalones grises, zapatos negros y una camisa veraniega holgada y suelta, y entonces sujetó una funda de piel a su cinturón, sobre el lado izquierdo de la cintura.

Abrió la puerta de acero de un armario empotrado. Dentro había tres rifles de caza de gran calibre; un fusil «M-16» con varios cargadores y que solo él sabía cómo lo había conseguido, y diez armas cortas, para todo lo cual Dunbar tenía las correspondientes licencias.

Johnny eligió una «Beretta» pavonada, metió un cargador en la culata y corrió el cierre, introduciendo un proyectil en la recámara. Después de fijar el seguro, enfundó la pistola en la pistolera y comprobó que con la camisa suelta no se notaba en absoluto.

Satisfecho, se dispuso a esperar la hora de la cita ocupándose de las disposiciones del servicio del yate. Después, cuando Dunbar salió de la cámara en compañía de Sabine, se le acercó y dijo:

—Necesitaré un coche esta noche, míster Dunbar. ¿Puedo llevarme el «Alfa-Romeo»?

Dunbar rió.

—Tómelo si quiere. Ese coche no me es simpático... ¿Otra cita con su rubia nórdica?

Johnny notó la ardiente mirada de Sabine fija en él, pero no dio muestras de haberlo advertido.

—Se trata de otra cosa, patrón.

—Bueno, ocúpese de que haya vigilancia a todas horas en la pasarela. No quiero más disturbios aquí.

—Perfecto.

Esperó en cubierta hasta ver desaparecer el gran «Jaguar» bajo las luces del puerto.

Encontró a Fenton recogiendo un montón de papeles llenos de cifras y anotaciones.

—¿También esta noche te quedas a bordo? —le espetó.

—Seguro. He de poner en orden todo esto... ¿Sabes qué pienso, Johnny?

—Dímelo.

—Esa chica le ha vuelto el seso al revés.

—Eso le sucedería a cualquiera —rió el pelirrojo—. Incluso a mí podría darme la vuelta como un calcetín si se lo propusiera.

—Tú eres un tipo muy impresionable. Pero jamás hubiera creído que el jefe lo fuera también. ¿Recuerdas que se fueron a Roma para tratar un negocio de concesiones petrolíferas?

—Sí, claro...

—Pues se ha ido al diablo.

—¿El negocio?

—Ni más ni menos. Una fortuna en efectivo que iba a obtener, y nada. Por lo visto ha estado demasiado ocupado con su secretaria para atender los negocios.

Johnny se echó a reír.

—No creo que nos quedemos sin empleo por eso. Volveré tarde, Albert; los muchachos ya saben qué deben hacer en caso de dificultades, pero por si ocurre algo, ocúpate de que estén en sus puestos, ¿quieres?

—No te preocupes. ¿Otra fulana?

—¿Qué manera de hablar es esa, Fenton? —le reprochó, riéndose—. ¿O es que has declarado la guerra, al sexo débil?

—¿Débil? ¡Un demonio! Esa... «secretaria» no tiene nada de débil.

Johnny lo dejó allí, refunfuñando contra su mala suerte.

Al alejarse del yate hacia el estacionamiento del club se cruzó con un paseante bien vestido que le dirigió una mirada distraída. Johnny no tenía ninguna razón especial para prestarle más atención de la que hubiera prestado a otro ciudadano cualquiera, de modo que siguió su camino ensimismado con la extraña cita.

Pero en realidad más le hubiera valido fijarse en el desconocido con más cuidado, porque Andi Marcini, el corso, se dirigía justamente a estudiar el yate.

El Pato Rojo era un club relativamente nuevo, a una milla de Cap Ferrat, entre unos pinos escuálidos que crecían en medio de un roquedal.

En otros tiempos, había sido la residencia de una familia y todavía conservaba en su apariencia exterior una cierta respetabilidad. Pero ahí terminaba todo lo respetable. El interior había sido convertido en un antro oscuro, con paredes pintarrajeadas fantasmagóricamente, y unas mesas y taburetes rústicos que costaban cuatro francos y servían igual que un confortable butacón, entre otras razones porque la clientela no era exigente en nada, excepto en la música.

Quizá lo único que costaba su buen dinero era el magnífico aparato de alta fidelidad. Una nube de altavoces estratégicamente situados lanzaban a la cargada atmósfera los últimos ritmos, los más desenfrenados bailes epilépticos, las voces más roncadas, desgarradas y antiarrítmicas que las grandes firmas de discos financiaban...

Una clientela vociferante, de jovenzuelos melenudos y mal vestidos, más sucios que limpios, pero la mayoría con su coche deportivo esperándoles fuera. Y muchachas semidesnudas, desaliñadas, procaces y beodas, respaldadas por el dinero de papá y la sociedad corrompida de la que formaban parte...

Johnny O'Keefe captó todo eso de un solo vistazo tan pronto cruzó el arco de entrada a la sala interior. La barahúnda infernal de los altavoces ahogaba el griterío de la clientela. La multitud de chicos y chicas contorsionándose en la pista como arrojados a una danza salvaje, ritual y pagana, constituía un espectáculo escapado de la mente de un sicópata.

Johnny bordeó las mesas preguntándose cómo sabría quién era la muchacha que le había citado en semejante infierno. El estrépito de la música y los gritos ensordecía. Nadie parecía entender lo que le decía el otro y todo el mundo vociferaba. También a voces pidió un coñac al mozo del mostrador.

Cuando cesó el estruendo de los altavoces el ruido se amortiguó en parte. Le sirvieron el coñac, mientras una multitud se agolpaba a su alrededor para calmar la sed provocada por el violento ejercicio.

Pronto advirtió que era objeto de la curiosidad general, tanto por su cabello rojo como por la hercúlea corpulencia de sus proporciones.

Una voz dijo a su lado:

—¿De dónde sales, grandullón? Nunca te había visto por aquí.

Ladeó la cabeza. La que le interrogaba era una muchacha de poco más de quince años, senos menudos que la blusa dejaba casi al descubierto y unos pantalones negros y ajustados. Tenía unos grandes ojos turbios que no se apartaban del rostro del hombre.

—Es la primera vez que vengo aquí —dijo—. Tengo una cita.

—Ven a bailar conmigo, verás cómo te diviertes.

Ella llevaba un vaso en la mano, que vació de un trago depositándolo sobre el mostrador.

Johnny gruñó:

—Lo siento, no sé bailar de esa forma.

—¡Y qué importa! Te enseñaré... ven...

—No, lo siento.

Ella acabó encogiéndose de hombros. Poco después estaba abrazada a un muchacho de rostro aburrido e indiferente. Tampoco parecía obtener éxito con él.

Johnny maldijo entre dientes. Empezó otro disco en los altavoces y el estrépito se repitió. Estaba terminando con su coñac cuando notó un suave roce en su brazo desnudo.

Volvió la cabeza. Ella estaba allí.

No dudó ni por un instante. Y comprendió que Maurice hubiera puesto los ojos en blanco al describirla, porque, realmente, era una muchacha de insólita y descarada belleza. Tanto en su bello rostro aniñado, como en su busto juvenil y altivo o en la cadencia de sus caderas, había una suerte de vitalidad incontenible que subyugaba.

Sus ojos tenían destellos dorados, exóticos. Y le miraban fijo, sin pestañear.

—O'Keefe, ¿verdad? —musitó ella de pronto.

—Sí.

—Llámeme Marion.

—Muy bien, Marion. ¿De qué se trata?

—No podemos hablar aquí. Saldré fuera. Sígame con discreción. ¿Ha venido en coche?

—Sí.

—Me llevará. Yo vine con un muchacho. Tenga cuidado y asegúrese de que nadie le sigue.

—¿Crees que hay alguien que te vigila?

—Podría ser. ¿Qué coche es el suyo?

—Un «Alfa-Romeo» azul claro, con matrícula de París.

—Está bien. Deme un minuto.

Se apartó y unos instantes después había desaparecido.

Johnny pidió otra copa, que apuró de un trago. Pagó y se dirigió a la puerta. Si todo aquello era una trampa alguien iba a salir descalabrado

muy pronto. La «Beretta» era un arma segura y potente y sabía cómo manejarla.

Fuera las luces rojas, del anuncio luminoso del club llameaban a intervalos. No vio a nadie y al cerrarse las puertas el sonido de la batahola del local se extinguió. El pesado silencio se le antojó de mal augurio.

Anduvo precavidamente hasta el «Alfa-Romeo». Lo había dejado con la capota bajada, de modo que distinguió enseguida la silueta de la muchacha sentada en él, esperándole.

Entró acomodándose ante el volante.

Ella susurró:

—Vámonos de aquí.

—Más despacio, nena. ¿Quién temes que esté siguiéndote?

—No sé quiénes son ni los he visto nunca. Pero estoy segura que me vigilan... registraron mi cuarto de la pensión...

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Lo sabrá cuando estemos en lugar seguro. Vamos hacia Cap Ferrat.

Dio el contacto y condujo sin prisas. Cap Ferrat apareció pronto al final de una cuesta. Sus luces desperdigadas eran un hermoso telón de fondo para una noche magnífica.

—¿Y ahora qué? —quiso saber.

—Hay una carretera secundaria por aquí... ¡Mire!

Introdujo el coche por un camino que descendía hacía la playa. Le pareció que era una situación que ya había vivido con Freda y no le gustó. El paraje era solidario, oscuro y desolado. El chapoteo del mar sonaba muy cerca.

Detuvo la marcha y apagó los faros.

—Mejor será que quite el coche del camino. Suelen reñir parejas por aquí, de noche, de manera que el auto no llamará la atención a menos que estorbe.

Obedeció también, con todos los sentidos alerta. Salió por encima de la portezuela y miró a su alrededor. Rocas, pinos y muy lejos, a la derecha, las luces de una villa.

Marion se apeó, diciendo:

—Aquí no nos oirá nadie, O'Keefe.

—Llámeme Johnny, es más fácil.

—Bueno, Johnny. Vayamos a la playa.

—¿Por qué tantos rodeos? Si tiene algo que decirme, suéltelo de una vez.

Ella no replicó y, tras quitarse las sandalias se adentró en la arena hasta sentarse sobre ella, muy cerca de donde rompían las mansas olas.

Ahogando un juramento, Johnny fue a reunirse con la muchacha. En la oscuridad le pareció que sus ojos tenían extrañas luminosidades, como los de un gato.

Se tendió a su lado. Gruñó de mal talante:

—Tengo toda la noche por delante, nena, de modo que no te des prisa.

—Yo conocía al hombre que mataron en tu yate.

Se enderezó de golpe. No había esperado nada semejante.

—Sigue —dijo solamente.

—Vine aquí con él. Era amigo de mi hermano. Mi hermano está en la cárcel. Cinco años, ¿sabes? Todavía le faltan tres.

—No entiendo nada.

—Cuando salió de la prisión vino a verme. Mi hermano lo mandó para que le dejara vivir en casa unos días, mientras buscaba dónde instalarse.

—Ya veo. ¿Cómo se llamaba? —preguntó, para asegurarse de que no estaba siendo víctima de un engaño.

—Pierre Mucat.

Era el mismo nombre que citara el comisario.

—De acuerdo, adelante. ¿Cuál es el resto de la historia?

—Mucat era un hombre taciturno, amargado, pero muy atento conmigo. Intentó hacerme el amor.

—Todo eso no me interesa.

Ella suspiró.

—O dejas que lo cuente a mi manera o no hay trato.

—Ahora hablas de un trato. ¿Qué demonios llevas entre manos?

—¡Claro que es un trato! ¿Crees que no sé cuándo tengo una buena oportunidad a mi alcance?

Resignado, lanzó un gruñido y aguardó en silencio hasta que ella añadió:

—Me parece que no tenía mucha prisa en encontrar otro alojamiento. Le gustaba vivir en mi casa. O mejor dicho, le gustaba tenerme cerca porque no perdía la esperanza de que yo cediera a sus pretensiones. Entonces le llegó la carta y el dinero.

El aguzó la atención.

—¿Qué dinero?

—Diez mil francos. Fuertes, no creas.

—¿Y...?

—La carta decía que viniera a Niza y aguardara nuevas instrucciones. También le prometían, diez mil francos más cuando terminase, su trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Eso no lo supo hasta que ya estábamos aquí. Tal como te he dicho, me vine con él. Quería abandonar Marsella aunque solo fuera por unos días y conocer la vida de Niza y Cap Ferrat. Mucat me trajo consigo y nos instalamos en habitaciones separadas de una pensión.

—¿En Niza?

—Sí, aunque después que lo mataron me fui y ahora tengo otro cuarto en Cap Ferrat. Pero eso es otro asunto... La segunda carta llegó a la

pensión puntualmente. Mucat se puso como loco cuando vio que yo la había abierto.

—¿Pudiste leerla?

—Naturalmente.

—¿Y bien?

—Ese es el trato. Te diré el contenido, pero quiere dinero... mucho dinero.

Él la miró con disgusto.

—Has equivocado el camino, monada. El millonario es mi jefe, no yo.

—Es el dinero de tu jefe el que yo quiero. La carta le concierne a él, pero he pensado que tú vendrías a una cita conmigo, pero él no. Demasiado importante para eso. Tú servirás de intermediario.

—Espera un minuto. ¿Quieres hacerle víctima de un chantaje?

—¿Chantaje? No seas ridículo. La carta es muy importante para él, pero no para chantajearlo. Se la entregaré a cambio de... pongamos... ¿qué te parece cincuenta mil francos?

—Tú estás loca.

—No opinarás así cuando leas la carta.

—¿Quieres decir que la conservas?

—Naturalmente. Convencí a Mucat que la había quemado. Incluso mostré las cenizas en un cenicero. Pero eran de un papel vulgar y del sobre en que llegó el dinero y la carta.

—Muy lista... ¿Por qué hiciste eso?

—Porque aquella carta podía convertirse, en un filón. Y, si luego resultaba que no me servía de nada, era fácil destruirla. Pero entonces Mucat pensó que aquello se prestaba a mejor negocio que unos simples veinte mil francos. Ideó pedirle a Dunbar cien mil.

—¿A cambio de qué?

Ella rió.

—Ese es el trato. Yo me conformo con cincuenta mil, querido gigantón...

—Y esperas que crea esa historia, y te pague cincuenta mil francos sin más pruebas. Debes haber leído demasiadas novelas policíacas, nena. El dinero no se suelta con esa facilidad.

—Lo soltaré tu jefe, querido, porque de lo contrario destruiré la carta y... Pero eso no puedo decirlo todavía. Háblale de todo esto y que él decida. Volveremos a vernos mañana noche, aquí mismo, Johnny.

—Más despacio —refunfuñó el marino—. Antes has hablado de que alguien registró tu habitación. ¿Cuándo fue eso?

—La noche después de la muerte de Mucat. Cuando regresé todavía no sabía que él estaba muerto. Lo encontré todo revuelto y tirado de cualquier manera. Estoy segura que buscaban la carta o los diez mil francos.

—¿No encontraron nada de todo eso?

—¡Naturalmente que no! El dinero estaba a buen recaudo. Mucat lo escondió. En cuanto a la carta, yo la llevaba encima. Pero en cuanto vi lo que habían hecho dejé la pensión y me trasladé a Cap Ferrat.

Él se tumbó en la arena de espaldas, tal como estaba ella. En lo alto de un cielo sin luna titilaban las estrellas, brillantes y lejanas, indiferentes a la muerte que rondaba la tierra en aquellos parajes idílicos de Niza y Cap Ferrat.

—Supongo que sabes a lo que te arriesgas, ¿verdad? —preguntó con calma.

—Es mi oportunidad. Tú no sabes la clase de vida que he llevado hasta ahora, Johnny, y no pienso dejar escapar la ocasión de sacudirme las privaciones. Mi hermano está encerrado y todavía tardará tres años en salir. Si no aprovecho ahora, cuando él vuelva todo seguirá igual. Estoy cansada, ¿sabes? A veces siento asco hasta de vivir.

El ladeó la cabeza. Calculó que la muchacha no pasaría de los veinte años. No obstante, hablaba como una vieja. Desde luego, el camino que parecía abrirse ante ella no era precisamente esperanzador.

—Hablaré con Dunbar —accedió—. Pero si yo estuviera en tu lugar soltaría este asunto como si fuera un hierro al rojo vivo. Eso sería lo más seguro por tu parte.

—No pienso hacerlo.

—Ya lo sé, pero quería estar seguro de que lo comprendías. ¿Quieres que te lleve a Cap Ferrat?

—¿Te vas ya?

—Ahora mismo.

Ella volvió la cabeza y sonrió.

—¿Qué prisa tienes, Johnny? Se está bien aquí. Cuéntame cosas.

—No estoy de humor para historias. Y tú harías bien en largarte de estos parajes solitarios cuanto antes. Pueden estar sobre tus huellas y esa gente no bromea.

Marion se incorporó sobre un codo para poder verlo desde un nuevo ángulo.

—¿Pretendes asustarme?

—Si tuvieras, una onza de sentido común estarías asustada, pero imagino que esperar eso de ti es una tontería. ¿Piensas quedarte todavía?

—Si tú te vas me iré contigo. Podrás dejarme en El Pato Rojo.

—Como quieras.

Hizo ademán de levantarse. Entonces, ella le sujetó y sus labios descendieron suavemente.

Johnny se encontró besándola apenas sin darse cuenta de ello.

Quedaron mirándose, muy cerca uno del otro. Los ojos de la muchacha parecían reír con brillo de travesura.

—Creo que has crecido demasiado aprisa —gruñó el marino, entre

dientes—. Te gusta correr riesgos, ¿no es cierto?

—Depende de la clase de riesgos. Con Mucat no me gustaba... en absoluto.

—Debiste permanecer en Marsella, Marion. Hay una clase de juegos que nunca podrás jugar sin que te destruyan, y ese es precisamente el juego en que te has metido.

La muchacha rió, muy quedo.

—Creí que te referías a otra clase de riesgos, querido.

—Puedes englobarlos todos si quieres.

—Oh, no... prefiero seguir jugando...

Apestoso Duelos leyó la nota y frunció las cejas. Por lo visto, quien fuera que manejaba los hilos de aquella rama estaba bien informado. Basil Dunbar había llegado aquel mismo día, y a la noche la nota estaba en su poder:

«Ya conoce a Basil Dunbar. Mátele de la manera más brutal posible. Tan pronto lo haya hecho recibirá los otros diez mil francos».

Quemó el papel y tomó su cuchillo, pasando suavemente el dedo por su doble filo. Dunbar era un millonario. Odiaba a los millonarios. Sería agradable acabar con él. En realidad, Apestoso Duelos odiaba a la inmensa mayoría de gente, pero solo de tarde en tarde ese odio estallaba y reclamaba de su tarado cerebro la inmólación de una víctima. Después, todo volvía a su cauce y durante una larga temporada el odio y el sadismo solo se manifestaban tímidamente en su propia entraña.

Había averiguado que el financiero se alojaba en un hotel, en lugar de residir en el yate. Entrar en un hotel no ofrecía dificultades, pero una vez dentro todo sería mucho más complicado.

Miró a través de la ventana. Niza se extendía hacia;! mar, en una noche sin luna, cálida y perfumada por el aroma salobre del Mediterráneo. Metió el cuchillo en una funda especial sujeta al cinturón, se abrochó la americana y salió a la calle.

A pesar de la hora tardía, los bares estaban muy concurridos, e incluso las calles y paseos aparecían invadidos por una multitud de hombres y mujeres que se resistían a dar por finalizado el día.

Cuando llegó a las inmediaciones del Hotel de Francia, se detuvo. Allí la cosa era diferente. Al no haber lugares de diversión por las cercanías, la gente se trasladaba a otros puntos de la ciudad, de modo que Apestoso Duelos no vio a nadie, solo el movimiento normal en el vestíbulo del hotel.

Palpó en su bolsillo el juego de ganzúas de que iba provisto. Tras esto se deslizó como una sombra hacia la fachada lateral del edificio. Había una rampa que se hundía hacia los sótanos donde estaba el garaje y él descendió por ella resueltamente. Había estudiado bien el terreno. Desde la curva de la rampa se divisaba todo el espacioso garaje subterráneo, y desde allí Duelos comprobó que el «Jaguar» de Basil Dunbar no había llegado todavía.

Tranquilizado por esta parte, retrocedió hacia la calle, avanzó otro trecho y se introdujo por una puertecilla tras la que se extendía un largo pasillo.

Lo recorrió hasta encontrar la escalera. Subió tan silencioso como un

gato, fijándose en las indicaciones de cada piso. Cuando llegó al último jadeaba como un fuelle a causa de la prolongada ascensión.

Empujó una puerta, y atisbó. Todo estaba tranquilo y silencioso. La puerta de la *suite* del financiero, al otro extremo del descansillo, se le ofreció como un desafío.

Por primera vez pensó en la muchacha que acompañaba siempre al millonario. Si se le ocurría pasar la noche con él en sus habitaciones, iba a resultar una complicación. Duelos jamás trabajaba de balde, a menos que fuera en uno de sus sangrientos arrebatos, cuando aquellas fuerzas colosales que se agitaban en sus entrañas le empujaban a matar solo para saciar el ansia homicida que despertaba con ellas.

De modo que decidió que no mataría a la joven a menos que fuera absolutamente necesario. No le pagaban por ello.

En un minuto hubo abierto la puerta valiéndose de una ganzúa. Se coló al interior de la *suite*, cerró otra vez y con infinito cuidado reconoció todas las dependencias para asegurarse de una vez por todas que no había nadie allí. Tranquilizado por ese lado, el asesino se instaló cómodamente en el dormitorio que menos trazas ofrecía de estar ocupado.

Se tendió sobre la cama y esperó.

* * *

Johnny llegó al yate y se sorprendió al ver las luces de la cámara principal encendidas. El marinero que guardaba la pasarela le dijo que todo estaba tranquilo y que nadie sospechoso se había aproximado a la embarcación.

—¿Quién hay a bordo? —preguntó señalando el resplandor de las luces.

—Monsieur Fenton y la señorita.

—¿Qué señorita?

—La secretaria del patrón, naturalmente.

Estuvo a punto de echarse a reír. Subió la pasarela y se dirigió a la cámara. Allí estaban, ante la mesa cubierta de papeles, silenciosos y absortos en su trabajo.

—Buenas noches.

Los dos levantaron la cabeza. Fenton le miró con lo que muy bien podía ser su expresión de víctima propiciatoria. La joven secretaria, por su parte, le sonrió.

—Llega usted muy tarde, Johnny —dijo como saludo.

—Y ustedes trabajan hasta muy tarde también. ¿Qué demonios están haciendo aquí a estas horas?

—Poniendo a punto la documentación para redactar un borrador de la

declaración de impuestos —farfulló Fenton—. ¿Qué te parece? Le vengo diciendo a míster Dunbar que hay que hacer eso desde hace meses y hasta esta noche no se le ha ocurrido darnos los documentos pertinentes. Y ahora resulta que si no se presenta la declaración pasado mañana se nos echarán encima los chicos del Fisco. ¿Cómo va a llegar a tiempo a Londres si no tenemos ni el borrador?

Sabine sonrió.

—Hay aviones, querido señor Fenton —dijo—. Además, ya ha oído a míster Dunbar. Si es necesario, movilizará alguna de sus influencias para que aguarden un par de días más. Por supuesto, me sorprende que haya sido tan despreocupado... Hace meses que debió ser presentada esa declaración.

—He estado diciéndoselo una y otra vez —remachó Fenton amargamente—, pero nunca me hizo el menor caso.

Johnny gruñó:

—Él no deja nunca que nadie le diga qué tiene que hacer y cuándo tiene que hacerlo. ¿Qué tal unos tragos?

Fenton aceptó. Sabine asintió también con un gesto.

Cuando los hubo preparado entregó un vaso a cada uno y él se sentó en un rincón, en el diván que ocupaba un ángulo de la cámara.

—Sigan trabajando —indicó—, me basta con ver su laboriosidad para reafirmarme en mi idea de que no me gustaría ser millonario.

Bebió un sorbo. Poco después preguntó:

—¿Dónde está el patrón? No he visto el «Jaguar» abajo.

—Ha preferido regresar al hotel —dijo Fenton—. No ha querido quedarse en su camarote.

Prosiguieron su tarea y O'Keefe se aisló de ellos para pensar exclusivamente en la deliciosa Marion y su propuesta. Aquella muchacha le obsesionaba, y no solo por la pasión que ponía en sus arrebatos amorosos, sino por todo lo que la rodeaba; su sórdido ambiente de Marsella, su pasado tan turbio... Era lógico que ante una oportunidad de sacudirse ese lastre de los hombros quisiera aprovecharla.

Cincuenta mil francos.

Hizo una mueca. Lástima de muchacha para que se estropeará tan pronto.

Encendió un cigarrillo. Desde donde estaba podía ver el bello perfil de Sabine. Era de una perfección sorprendente. Toda ella era perfecta. Como si estuviera constituida por las medidas perfectas de la belleza ideal hecha realidad. Su busto tenía la prestancia justa para no ser ampuloso y resaltar la fina cintura.

Advirtió con un sobresalto que ella estaba mirándole a su vez, con una ceja arqueada y una chispa de malicia en sus ojos verdes. Aspiró el humo profundamente para ahogar su momentáneo desconcierto. Fenton levantó

un momento la cabeza, gruñó por lo bajo y reanudó sus complicados cálculos.

Ella dijo:

—Parece usted preocupado, Johnny...

—¿Qué? Oh, entiendo. ¿Tanto se me nota?

Fenton volvió a desentenderse de los papeles.

—¿Ocurre algo? —indagó.

—Nada que deba hacer peligrar la declaración de impuestos —rió el marino—. En todo caso, de momento sólo me concierne a mí.

—¿Dificultades con la rubia nórdica de que me has hablado?

La insistencia del secretario hizo sonreír a Johnny.

—No la he visto hoy. A mi manera, yo también he estado trabajando.

—¿De veras? No deja de preocuparme tu manera de trabajar fuera del yate, muchacho... ¿Cómo era ella?

Sabine intervino, risueña:

—Si creen que podrán hablar más libremente sin mi presencia, me retiraré unos minutos.

—Olvídelo —dijo Johnny—. Fenton está amargado. Es un aguafiestas.

—¿Dónde está la fiesta esta noche? —replicó el aludido—. Oh, está bien, dejémoslo. La verdad es que estoy nervioso.

Reanudó su trabajo. Sabine se levantó y dio unos rasos por la cámara sin abandonar el vaso.

Al fin se detuvo delante de O'Keefe y le preguntó con voz queda:

—¿De veras piensa usted que el patrón corre peligro, Johnny?

—¿Quién le ha dicho semejante cosa?

—El mismo.

—Bien, opino que en todo caso es muy posible que deba empezar a preocuparse por su seguridad. El hombre que mataron en la pasarela le buscaba a él.

—Su salida de esta noche, ¿tiene alguna relación con eso?

—En parte, sí.

Ella se estremeció.

—Tal vez debí haber advertido al jefe...

Johnny se enderezó.

—¿De qué está hablando?

Ella fue a sentarse a su lado. Fenton dejó los papeles y escuchó.

—Había un hombre en el puerto —musitó la joven—. Le vi también frente al hotel, pero no le reconocí. Después, cuando volví a verlo al salir del restaurante, esta noche, me di cuenta de que era el mismo...

—¿Le parece que estaba vigilándoles a ustedes?

—Pudiera ser.

—¿Cómo era ese tipo?

No sabría cómo describirlo. Sólo recuerdo que me impresionaron sus ojos. Eran muy claros, como velados. Una mirada extraña, como la de un loco...

—¿Está segura de haberlo visto en las cercanías del yate?

—Sí.

—¿Y luego, en el hotel?

—También.

Apuró el resto del licor y se levantó.

—Iré a dar un vistazo —dijo—. Sigán trabajando.

Fenton inquirió:

—¿Crees que todavía estará por los alrededores?

—No es probable... Pero, de todos modos, Sabine mejor será que esta noche se quede a bordo. Tiene un camarote dispuesto para usted.

—Pensaba regresar al hotel al finalizar el borrador...

—¿Tiene miedo de quedarse aquí?

—¿Miedo? No...

—Entonces, se quedará.

La voz resuelta del hombre no admitía réplica y ella sintió con un gesto.

Johnny subió a cubierta. Bajando la pasarela, le preguntó al vigilante:

—¿Ha visto rondar a un desconocido por las cercanías, un tipo con unos ojos de color muy claro?

—No, señor.

Titubeó. Tal vez la muchacha se había equivocado a causa de la tensión que parecía flotar en el ambiente desde que empezara todo el incomprensible asunto.

—Mantenga los ojos muy abiertos, y si ve algo sospechoso pida ayuda a Maurice. No se descuide.

—Así lo haré, señor.

Johnny se dirigió adonde dejara el «Alfa-Romeo», lo puso en marcha y salió como una flecha hacia el Hotel de Francia.

7

El recepcionista nocturno le conocía y no opuso inconveniente a que subiera a la *suite* de Basil Dunbar, Johnny solo preguntó:

—¿Cuándo ha llegado esta noche?

—Hace poco... quizá media hora.

—Gracias.

Salió del ascensor en el descansillo privado de la *suite*. Aproximándose a la puerta, Johnny escuchó, pero la madera era demasiado gruesa y no pudo oír nada.

Claro que lo más lógico era que Dunbar estuviera durmiendo...

Miró a su alrededor. Entonces descubrió la puerta de servicio, entreabierta al fondo. Se aproximó a ella rápidamente. No recordaba haberla visto nunca abierta. Echó un vistazo a la desierta escalera que se hundía en las entrañas del edificio, retrocedió y cerró la puerta.

No supo explicarse de dónde surgió su inquietud. Quizá una especie de presentimiento. Sea como sea, regresó a la entrada de la *suite* y llamó con los nudillos.

No obtuvo respuesta. Repitió la llamada con idéntico resultado. Al fin, golpeó la madera con violencia. Aunque el financiero estuviera durmiendo, debería oír semejante estrépito.

Mas tampoco dio señales de vida.

Francamente alarmado, Johnny titubeó entre regresar abajo y pedir una llave o abrir aquella puerta a la fuerza. Entonces recordó que había un teléfono de comunicación interior en una pequeña alacena, junto al ascensor, y corrió hacia allí.

Cuando obtuvo comunicación con el vestíbulo, gruñó:

—¿Está usted seguro de que míster Dunbar ha subido a sus habitaciones esta noche?

—Por supuesto, señor.

—Entonces, tome usted una llave, maestra y suba inmediatamente, porque nadie responde en la *suite*. ¡Y dese prisa!

Colgó, cortando los alarmados comentarios del empleado. Encendió un cigarrillo y se paseó por el descansillo nerviosamente.

Cuando el recepcionista salió del ascensor, le arrebató la llave y se precipitó a la puerta, abriéndola resueltamente.

Las luces estaban apagadas y las encendió antes de avanzar. Todo

parecía estar en orden.

El empleado del hotel se quedó cerca de la puerta, indeciso. Johnny atravesó la estancia y abrió la puerta del dormitorio, encendiendo la luz y preparándose para prodigar una sarta de excusas si el millonario despertaba de un salto...

Sólo que Basil Dunbar no despertaría de ninguna manera.

Johnny sintió que el estómago le subía a la garganta. Notó una súbita flojedad en las piernas y retrocedió como si le hubieran golpeado.

—¿Qué ocurre? —jadeó el empleado.

Se volvió. Fue al hacerlo que advirtió el leve movimiento de la puerta de la terraza.

Se puso rígido. Un furor creciente se apoderó de él, pero procuró dominar su voz y dijo:

—Tome el teléfono y llame a la policía... al comisario Armet. Han asesinado a míster Dunbar...

—¡Dios santo!

Se desentendió del empleado y, dando un pequeño rodeo, se acercó a las vidrieras, al tiempo que empuñaba la paponada «Beretta».

Oyó descolgar el teléfono. El recepcionista estaba de espaldas a él.

Abrió la vidriera de un puntapié y saltó fuera con una agilidad asombrosa para su tamaño.

Vio al hombre casi antes de tocar el suelo con los pies. Y vio algo más también: el gran cuchillo de gruesa hoja cuando trazaba un círculo buscando herirle...

Trastabilló al retroceder. El criminal dijo:

—Bien... muy bien, gigantón...

No parecía haber advertido la pistola siquiera. Sus ojos desorbitados, de alucinado, estaban fijos en la cara de Johnny. Este vio las manos empapadas de sangre le pareció que aquello era fruto de una pesadilla.

—¡No se mueva! —gruñó—. Ya no podrá escapar.

Apestoso Duelos siguió avanzando, agazapado, con el brazo derecho rígido con el puñal como prolongación de la mano.

—¡Quieto!

—Sólo tenía que matar a uno —barbotó Duelos—. Tenía suficiente... pero ahora habrá más sangre... ¿Ha visto lo que he hecho? Un buen trabajo, ¿eh? ¡Maravilloso...! Haré lo mismo ahora, con usted...

Johnny disparó entonces. La «Beretta» retumbó como un trueno. Duelos dio un paso atrás, tambaleándose. La mirada desorbitada de sus ojos se agudizó. El cuchillo se deslizó de entre sus dedos y las manos se garfiaron sobre su estómago. Cayó de rodillas en el instante en que el empleado asomaba por la cristalera, aterrado.

—¿Ha llamado a la policía? —le espetó.

—No... todavía no...

—¿Qué demonios espera? Apúrese. Ese tipo no escapará.

Retrocedió a saltos. Johnny se acercó al gimoteante Duelos.

—¿Quién te mandó matar a Dunbar? —dijo.

Los ojos de loco se clavaron en su rostro, alucinados, estremecedores.

Johnny repitió la pregunta una y otra vez. Veía la sangre deslizarse entre los dedos del asesino, pero había visto mucha más en la habitación de Basil Dunbar y ya no se impresionó.

—¿Quién, bastardo? —le espetó—. Vas a morir como un perro, sin que nadie te ayude. Y el tipo que te ha metido en esto quedará impune, riéndose de ti. ¿Me oyes? ¡Se reirá de ti a mandíbula batiente!

Apestoso Duelos le oía. Y quería hablar, solo que no podía. Un gran miedo entró en su cerebro porque aquella era su sangre... no la de otro ser cualquiera, sino la suya. Y se vertía entre sus dedos...

—¿Quién? ¡Responde, estúpido!

—La carta —barbotó—. La carta... y el dinero...

Johnny dio un respingo. Comprendió muchas cosas en un segundo.

—¿Recibiste una carta conteniendo diez mil francos?

—Sí... Y otra...

—¿Ordenándote matar a Basil Dunbar?

—Sí, sí...

—¿No sabes quién te mandó el dinero?

—Nb... yo...

Be pronto empezó a sollozar como un niño. Entre dientes, que le castañeteaban, no cesaba de murmurar:

—Sangre... sangre... ¿la ve? Es mía... esta vez es mía...

Cayó de bruces y pegó de cara contra las baldosas. Siguió gimiendo, sollozando y murmurando.

Johnny se levantó poco a poco con un escalofrío. Retrocedió hasta la balaustrada y se apoyó de espaldas a ella enfundando la pistola. Pero sus dedos no temblaban en absoluto cuando encendió otro cigarrillo dispuesto a aguardar a la policía.

Si hubiera llegado un poco antes...

De pronto, recordó a Marion y sonrió para sí. La muchacha acababa de perder sus cincuenta mil francos. Luego pensó que si ella le hubiera dicho la verdad sobre la carta que recibiera Mucat tal vez Dunbar siguiera vivo... pero eso ya lo discutiría con ella.

El comisario Armet apareció en la terraza y se detuvo. Escuchó los cada vez más débiles lamentos del moribundo.

El comisario estaba muy pálido. Sabía el escándalo que todo aquello iba a desencadenar.

—De modo que lo ha tumbado —gruñó.

—Sí, pero no he llegado a tiempo de salvar a míster Dunbar.

El comisario se inclinó sobre Duelos.

—Ese tipo es listo —dijo casi con indiferencia—. ¿Ese es el cuchillo que...?

—Sí. ¿Ha visto el cadáver?

—Todavía no.

—Pues vaya allí y véalo. El cuarto de baño está al lado. Va a necesitarlo:

—¿Tan mala es la cosa?

—Peor. Ese bastardo ha hecho filigranas con el cuchillo... una carnicería, ni más ni menos.

—¿Loco?

—Seguro. Y sádico. Alguien ha sabido aprovechar esas «cualidades». Pero vaya allá y véalo por sí mismo.

Volvió a quedar solo con el gimoteante Duelos. Le dirigió una mala mirada y gruñó:

—Fuiste una mala bestia, amigo, pero supongo que no toda la culpa es tuya...

Oyó la exclamación del comisario. Entró en la salita y le vio precipitarse hacia el cuarto de baño, con un color verdoso en su rostro y los ojos desorbitados.

—Debería estar usted acostumbrado —comentó.

Pero el policía no le oyó siquiera.

Esperó. Cuando el comisario Armet reapareció, estaba muy pálido y parecía haber envejecido de pronto.

—Es horrible —farfulló con voz poco segura.

Acercándose al teléfono, habló concisa y brevemente. Después se volvió hacia Johnny.

—He olvidado los cigarrillos —gruñó.

Le entregó uno. Cuando aspiró el humo lo hizo como si de ello dependiera su vida.

—Cuénteme —pidió al fin.

Johnny le dijo cuanto sabía, aclarando que había acudido al hotel inquieto por lo que Sabine le dijera respecto al desconocido de ojos de loco.

—No cabe duda que vio al tipo de ahí fuera. Sus ojos daban escalofríos, comisario.

—Está bien, siga.

—Todo lo que puedo añadir es lo que el criminal ha dicho... Recibió una carta y diez mil francos. Vino a Niza. Luego recibió otra ordenándole matar a mister Dunbar. Le apuesto a que cuando lo identifiquen comprobarán que también llegó de Marsella...

El comisario carraspeó.

—Parece que alguien se ha tomado mucho trabajo allí... Marsella debe haber quedado limpia de asesinos...

Volvió a la terraza. El demente había cesado de gemir, pero sus dedos, como garfios, arañaban las baldosas una y otra vez, como si quisiera aferrarse a una vida que huía de él a pasos de gigante.

Volviéndose, el comisario gruñó:

—Podía haberle disparado en otro lugar cualquiera de su anatomía, *monsieur O'Keefe*...

—Para otra vez, lo tendré en cuenta.

El policía le miró con evidente suspicacia.

—¿Qué le hace creer que habrá una «otra vez»?

Se encogió de hombros.

—Alguien se ha tomado mucho trabajo para matar a *míster Dunbar*... Ese alguien debe esperar algún provecho, digo yo. Y sea quien sea, no lo obtendrá mientras yo viva.

—Entiendo...

—Les costará un poco más despacharme a mí —refunfuñó el gigantesco marino—. Y a partir de ahora vigilaré muy cuidadosamente a todo tipo que aparezca buscando beneficios, o esperando heredar. Veremos... —añadió, pensativo—. Espero que no tarden mucho en atacarme a mí.

La llegada de los especialistas de la policía y los enfermeros del hospital cortó el diálogo. Johnny se apartó para que pudieran cargar al moribundo en una camilla. Después, lo siguió con la mirada hasta que hubieron desaparecido.

El comisario parecía haberse olvidado de él, ocupado como estaba con sus hombres. Johnny permaneció unos minutos más en la terraza, apuró el cigarrillo y luego entró.

—Puesto que ha terminado conmigo, comisario —le dijo—, me vuelvo al yate. La noticia caerá allí como una bomba.

—Lo imagino. A propósito, ¿qué harán ustedes ahora?

—Todavía no le sé. Habrá que avisar a los abogados de Londres que se ocupaban de los asuntos de *míster Dunbar*. Creo que en alguna parte hay una mujer ya mayor, pariente de mi pobre jefe. No lo sé —repitió con una mueca—. Le había tomado gusto al «*Corsair*»...

Abandonó el hotel, observando con cuánta discreción estaba actuando la policía para no alarmar a los acaudalados huéspedes.

En el yate había luz en la cámara y Maurice había relevado ya a su compañero.

—Ninguna novedad por aquí, patrón —informó. Entonces vio la expresión hosca de su rostro y exclamó—: ¿Ocurre algo malo?

—Dunbar ha muerto, Maurice.

—¡Cielo santo! ¿Cuándo?

—Esta noche. Asesinado.

El marinero quedóse mudo de estupor. O tal vez tensó en su magnífico empleo que amenazaba con esfumarse...

—¿Se sabe quién...?

—Seguro —refunfuñó Johnny—. Yo tumbé al asesino de un balazo.

—¡Menos mal! ¿Quién era?

—No se sabe todavía su identidad. Un profesional, sádico y medio loco, seguramente traído de Marsella.

—Bueno, habrá que pensar en buscarse trabajo en otra parte, patrón. Porque imagino que quien sea que herede, venderá el yate...

—No te precipites. De momento, quiero que se extreme la vigilancia. Te traeré un revólver para más seguridad.

—No lo entiendo..., si lo que querían era matar al patrón, ya...

—No estoy muy seguro de eso.

Sin pasar por la cámara principal, descendió hasta su camarote, abrió el armero y sacó un revólver de cañón corto, calibre 38. Llenó el cilindro con seis cartuchos, lo cerró y volvió a la pasarela, entregándole el arma a Maurice.

Este la tomó, perplejo todavía. Pero encogiéndose de hombros aseguró que si alguien pretendía invadir el yate se encontraría con toda la carga de aquel chisme en las tripas.

Johnny volvió atrás, hacia la cámara. Pensaba que los dos secretarios estarían allí todavía, enfrascados en sus cuentas.

Pero Fenton había desaparecido. Sabine se hallaba recostada en el diván, fumando y leyendo distraídamente una revista. Los papeles, sobre la mesa, estaban ordenados cuidadosamente.

La hermosa muchacha levantó la cabeza al oír sus pasos.

—¿Ha visto al jefe? —indagó. Pero advirtió algo desusado en el marino y se enderezó un poco—. ¿Qué le pasa, Johnny?

—A mí, nada.

Fue a sentarse a su lado. Ella insistió:

—Al jefe entonces...

—Ha muerto.

—¡No!

Él le rodeó los hombros con su brazo, mientras ella empezaba a llorar mansamente.

La dejó que llorara y aprovechó para pensar en algunas cosas que comenzaban a ocurrírsele. No le gustaron mucho, pero siguió enfrascado con ellas un buen rato.

Todo el tiempo que la muchacha tardó en serenarse.

Johnny detuvo el «Alfa-Romeo» y aspiró el aroma de los pinos. Estaba tenso y alerta, a pesar de que estaba seguro que Marion no tramaba ninguna celada. Había dudado antes de acudir al lugar convenido la noche anterior, pero finalmente se había decidido sin saber a ciencia cierta por qué, puesto que la carta que ella guardaba ya no tenía valor alguno.

La oyó llegar andando. Sus pisadas apenas producían un ligero rumor. Luego, de pronto, se materializó junto al coche y su voz sensual y cálida susurró:

—Has sido más puntual que yo, querido.

Él se apeó y, al igual que la noche anterior, descendieron a la playa, donde se tendieron uno al lado del otro.

Entonces, ella indagó:

—¿Hablaste con tu jefe, querido?

—No.

Ella dio un respingo.

—¡Pero tú me prometiste...!

—Debería darte una paliza tan dura que no la olvidases jamás, nena. Y todavía no estoy muy seguro que no lo haga...

—¿A qué viene eso? Tú me prometiste...

—¡Cierra el pico, preciosa! ¿Quieres que te diga el contenido de tu famosa carta?

—¡Johnny!

—¡Johnny un demonio! En la carta le ordenaban a Mucat asesinar a Basil Dunbar. ¿No es cierto?

Ella casi se levantó de un salto.

—¿Cómo has podido saberlo?

—Porque Basil Dunbar fue asesinado anoche, gatita.

—¡Oh, no!

Había todo el desengaño del mundo en su exclamación. Johnny pensó en que eso era curioso, porque ella no lamentaba la muerte de quien no conociera, sino el fin de sus esperanzas.

—Si me hubieras dicho entonces el contenido de la carta, tal vez mi jefe seguiría vivo a estas horas, porque habría corrido a prevenirle. Quizá hubiese llegado a tiempo de salvarle la vida... ¿Dónde tienes ese maldito papel?

—En mi bolso... aquí.

—Dámelo. La policía querrá echarle un vistazo. Y si esperas que te dé cincuenta mil francos a cambio es que estás loca de remate.

—No importa... era demasiado bueno para que saliera bien...

Le entregó un papel doblado. Entonces se echó a llorar.

Johnny guardó la carta sin tratar de leerla en aquella oscuridad. Luego

gruñó:

—¿Qué te pasa ahora, piensas en tus cincuenta mil?

—¡Pienso que deberé regresar a Marsella ahora... y todo seguirá igual. Habré de soportar otra vez a los amigos de mi hermano hasta que él salga de la cárcel... ¡Es todo tan horrible...!

—Ya veo.

Ella se echó en sus brazos. La sintió temblar entre sus grandes manos y parte de su furor se evaporó. Buscó alguna palabra con qué consolarla, pero fracasó y permaneció mudo, con los labios apretados y acariciando suavemente aquel cuerpo estremecido por los sollozos.

Al fin, ella musitó:

—Soy una tonta. Nunca debí salir de Marsella... por lo menos no habría conocido todo esto, ni cómo vive aquí la gente... ni te conocería a ti.

—Quizá haya alguna forma de arreglar todo esto Marion.

—Sí, regresando a los muelles de Marsella, lo sé.

—No, espera, pensaremos algo y...

Una voz ruda dijo tras ellos, cortando el diálogo:

—Una escena tierna, ¿eh? De película. ¡Arriba granujas!

Johnny volvió la cabeza. Vio las dos oscuras siluetas de los hombres, y advirtió también que ambos empuñaban sendas pistolas automáticas.

Marion lanzó un grito al verlos, pero las duras manos del marino la sujetaron, al tiempo que añadía:

—Calla, pequeña... esos tipos están nerviosos.

Se levantó, ayudándola a ella a hacerlo. Sólo cuando estuvo de pie vio que el tipo que permanecía en segundo término llevaba el brazo derecho enyesado.

Y lo reconoció y supo lo que podía esperar de aquella gente.

El herido blandió la pistola con su mano sana.

—Está vez, héroe, haremos las cosas bien —amenazó—. Cuando termine contigo vas a maldecir el instante en que naciste...

El otro gruñó:

—Calla la boca, Briant. Usted, apártese de la chica y quítese la camisa.

No tenía ninguna oportunidad, de modo que obedeció. Al despojarse de la holgada prenda quedó al descubierto la funda con la «Beretta». El que llevaba la voz cantante exclamó:

—¡Vaya, no se fía de sus músculos! Tú, chica, quítale ese cañón. Pero hazlo con mucho cuidado... y tráemelo agarrado por el guardamonte...

Marion titubeó. Johnny, temiendo que empleasen la violencia con ella, dijo:

—¡Haz lo que te dicen, querida!

—Sí, hazlo, paloma....a menos que te guste llevar un plomo en las tripas.

Ella se acercó a Johnny. Sus ojos asustados relucían, y se clavaron en él

con feroz desesperación.

Extrajo la pistola y siguió las instrucciones del matón, al que la entregó. Este siguió dando órdenes.

—Póngase la camisa otra vez, no quiero que vaya llamando la atención. Tenemos un coche arriba. Haremos un corto viaje y al primero que intente nada sospechoso lo dejaré seco. ¿Estás conforme, grandullón?

—Y qué remedio... Andando.

Tomó a la muchacha de la mano y la llevó con él hacia la pequeña plazoleta donde habían dejado el coche. Más allá vio la oscura forma de otro, grande y cerrado. Pero no era el «Mercedes Benz» que utilizaron la primera vez...

—Tú, grandullón, siéntate al lado del conductor. Yo manejaré, y la chica irá detrás, junto a Briant. Al menor intento por tu parte la llenará de plomo, ¿conforme?

—Tú hablas demasiado para no decir nada.

Cuando el coche estuvo en movimiento, Johnny, que se había recostado en el asiento con todos los nervios tensos, preguntó:

—¿Adónde vamos? Porque no creo que nos lleven a Niza...

—Nos detendremos antes de llegar, compañero. Tenemos toda una casa para nosotros solos, ¿entiendes? Una casa vacía, por supuesto, pero tan lujosa como un palacio.

Efectivamente, al detenerse el coche, después de haber abandonado la carretera de la Corniche, el marino pudo ver la magnífica mole de una gran villa de recreo, cerrada y oscura. Una alta verja la rodeaba y solo asomaba el piso superior; no obstante, Briant se acercó a la entrada y la abrió sin dificultad. Penetraron a los jardines con el coche, aunque teniendo la precaución de llevar las luces apagadas.

—Abajo —ordenó Briant, cuando se detuvieron.

La muchacha temblaba. Johnny la rodeó con su brazo y la apretó junto a él cuando estuvieron en el suelo. Miró a su alrededor. El jardín era muy extenso y se perdía en la oscuridad, frondoso y con trazas de abandono.

Les obligaron a entrar en la casa. Los muebles aparecían cubiertos por fundas polvorientas. Briant dijo:

—Los propietarios de la casa no vienen hasta finales de temporada. Una gran ventaja para nosotros.

El otro gruñó:

—Cállate. Tú, chica, siéntate en esa butaca. Y no te muevas si no quieres recibir un plomo.

—¿Qué sigue ahora, camarada? —rezongó Johnny, espionando los movimientos de los dos como un halcón.

—Ahora, hablaremos contigo. Después, Briant tiene algunas cosas que hacer. Siéntate ahí, lejos de la muchacha.

O'Keefe obedeció. Briant se guardó la pistola en el bolsillo porque

parecía cansarse de sostenerla y ocupar así su única mano útil.

Pero el otro siguió apuntando implacablemente al marino, sin un titubeo. Este vio que Briant sacaba a su vez un agudo estilete. Sonreía, y su mirada de enajenado saltaba de Johnny a la muchacha y viceversa, como preguntándose sobre cuál de los dos empezaría sus habilidades.

Johnny apartó la mirada del estremecedor individuo y la posó en el otro. Con voz desapasionada masculló:

—Tú no eres francés... por tu acento creo que eres americano. ¿Qué demonios haces en ese lío?

—Ya me dijeron que eras un tipo listo. Me llamo Ross. Nací en Nueva York, pero hace muchos años que vivo en Marsella. Un lugar estupendo si uno sabe situarse. Ahora veamos si conoces las respuestas, grandullón.

—Cómo murió tu jefe?

—Apuñalado. Un buen trabajo, porque cuando lo encontré estaba hecho tiras.

Briant rió por lo bajo. Ross siguió impasible.

—No me has entendido —dijo—. He averiguado que también fue muerto el hombre que lo despachó... Cuéntame los detalles.

—¿Para qué? Los dos están muertos, eso es todo.

—Me han ordenado averiguarlo, de modo que es lo que estoy haciendo.

—Yo maté al tipo del cuchillo —dijo Johnny con calma—. Lástima que no pude hacerlo hasta que ya había terminado su trabajo de carnicero.

Ross asintió con un gesto.

—¿Murió instantáneamente?

—No. Habló.

—¡Ajá! Eso es interesante, grandullón. ¿Qué dijo?

—Vete al infierno.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

El asesino se encogió de hombros.

—Briant es una bestia cuando huele sangre —comentó, divertido—. Puedo dejarle que empiece con la chica... Adelante, Briant.

Los ojos de este tenían un brillo demencial, odioso y siniestro. Acercándose a Marion, empezó a reír de un modo estremecedor. De un zarpazo le arrancó la blusa. La muchacha trató de echarse atrás, pero la punta del estilete relampagueó muy cerca de su rostro, trazando pequeños círculos.

—Quieta, paloma... Quieta... Tienes una piel muy suave...

La punta del arma rozó apenas el cuello de Marion. Una finísima línea de sangre apareció al instante. Ella gritó y su grito se fundió en la risa de Briant.

Johnny ladeó la cabeza. Briant estaba completamente absorto en lo que hacía Ross, aunque seguía vigilándole, dedicaba parte de su atención al

divertido espectáculo que era para él la tortura de la muchacha.

Entonces saltó fuera de la butaca. Fue un brinco prodigioso que sobresaltó a Briant, aunque Ross reaccionó disparando sin dudar. La bala se hundió en el respaldo de la butaca, justo en el lugar que una décima de segundo antes ocupaba la cabeza del gigante.

Johnny siguió el impulso de su salto y descargó un feroz puntapié a Briant, que exhaló un aullido de dolor. Se echó atrás y por menos de una pulgada esquivó el terrible golpe de kárate que iba dirigido a su cuello.

Ross disparó de nuevo, aunque tampoco acertó porque Johnny se había convertido en un torbellino. Luego, ya no pudo disparar por temor a matar a su propio compañero, cuando O'Keefe cayó sobre Briant con todo el empuje de su peso. Los dos rodaron por el suelo.

Unos dedos de hierro atenazaron la muñeca armada del estilete. Briant gritó otra vez porque sentía los tendones aplastados bajo la férrea presión. Su brazo roto, inutilizado, empezaba a dolerle a causa del peso que gravitaba sobre él.

—¡Ross, mátalos de una vez! —aulló—. ¡Mátalos!

Ross se aproximó a saltos. Marion lanzó un grito histérico y se arrojó sobre él con todo su ímpetu. Ross trastabilló a punto de perder el equilibrio. Golpeó contra la pared y la pistola escapó de sus dedos.

Marion no pudo contener una exclamación cuando se precipitó sobre el arma, pero un puntapié la apartó de la pistola, derribándola entre un marasmo de dolor.

Ross, mascullando obscenidades, fue a recuperar su arma, que había quedado junto a los dos hombres que debatían salvajemente. Nunca supo cómo sucedió, pero cuando ya se inclinaba, un pie surgió de alguna parte y repercutió en su cara como una maza, lanzándolo dando tumbos al otro extremo del cuarto.

Johnny gruñó de satisfacción. Luego, descargó un mazazo sobre el brazo roto de su adversario. Briant creyó morir y sus aullidos se elevaron como un clarín.

Entonces le retorció brutalmente la muñeca armada, fio un golpe seco y los huesos se rompieron como frágiles cañas. Briant puso los ojos en blanco, bramando enloquecido de dolor. Johnny disparó su puño semejante a un peñasco y sintió, bajo su impacto, cómo se aplastaban los cartílagos de la nariz del asesino y reventaban sus labios entre un surtidor de sangre.

Rodó sobre sí mismo, apartándose del criminal y esquivando la nueva acometida de Ross, cuyo rostro tumefacto era una máscara de odio.

No obstante, no pudo evitar que un puntapié le alcanzara en un costado, vaciándole los pulmones de aire y lacerándole con un dolor infernal. Trató de levantarse, pero Ross estaba ya enloquecido de dolor y furia, y no le dejó tiempo para hacerlo. Le cayó encima, olvidado de su

pistola y de todo cuanto no fuera matar.

Johnny encajó el tremendo puñetazo y su cabeza osciló entre una bruma. Describió un arco con la mano plana, y aunque no fue un golpe con la potencia necesaria, hundió los dientes de su enemigo y le desgarró el labio superior, produciéndole un espasmo de dolor que le obligó a echarse atrás manoteando y rugiendo.

O'Keefe saltó de pie. Su costado pareció desgarrarse, allí donde había sido golpeado con tanta dureza. Contuvo la respiración y avanzó hacia Ross con los brazos separados del cuerpo, las manos rígidas y prestas a matar... porque sabía que aquella era una lucha a muerte, en la que no habría cuartel para ninguna de las dos partes.

Ross retrocedió rechinando los dientes, escupiendo sangre y maldiciones y algún que otro diente. Johnny gruñó:

—Espera un poco, chico... es una gran ventaja que la casa esté deshabitada, ¿no crees? Van a llevarse una buena sorpresa cuando encuentren tu carroña pudriéndose aquí...

Saltó, tratando de sorprender a Ross, pero éste era un luchador entrenado en una escuela tan dura como lo había sido la suya y esquivó la acometida brincando.

Johnny no vio a Briant revolcándose por el suelo pero de pronto sintió que unos pies se enlazaban en sus tobillos, trastabilló y cayó. Ross gritó de alegría y se precipitó sobre él con los pies por delante, deseando aplastarle la cara bajo su impacto. El marino tuvo el tiempo justo de rodar sobre sí mismo. Por una pulgada esquivó el salto de Ross.

—¡Johnny!

Ladeó la cabeza. Desorbitó los ojos porque Briant con una expresión horrorosa en su rostro, levantaba el puñal valiéndose de sus dos manos rotas sobre él. Supo que jamás podría esquivar el golpe que ya descendía mientras Ross se precipitaba de nuevo sobre él..., era una manera estúpida de morir, pensó.

Entonces sonó el estampido. Oyó el sordo impacto del proyectil al enterrarse en un cuerpo humano, un sonido espeluznante. Briant dio un estirón, como si quisiera levantarse. Luego se desplomó inerte y el puñal cayó, inofensivo, al lado de Johnny.

Este vio confusamente a Marion sosteniendo la pistola con las dos manos, mirando a Briant con ojos desorbitados... y se desentendió de ella porque sobre él se abatió el peso y los golpes de Ross.

Los mazazos le aturdieron antes de que pudiera volverse de costado. Sus manos se apoyaron en el suelo para aumentar su presión y levantar el cuerpo que se aferraba a sus espaldas..., sintió en los dedos el frío contacto del acero. Los cerró.

Cuando Ross vio el estilete era demasiado tarde para esquivarlo, para huir o detenerlo. Era tarde ya incluso para vivir. Sintió el acero

enterrándose en su cuerpo casta la cruz, se echó atrás y el puñal le siguió, implacable, feroz...

Johnny se levantó jadeando. Dejó caer el arma y volvióse hacia la muchacha que todavía sostenía la pistola en las manos.

—¡Oh, Johnny...!

Se precipitó a sus brazos. La apretó tiernamente porque no podía olvidar que le debía la vida. Ella abrió los dedos y dejó caer la pistola al suelo. Se acurrucó sobre su amplio tórax, sollozando, mientras él intentaba consolarla de la única manera que se le ocurrió.

Besándola.

Luego, levantándola en vilo, la sacó de la estancia al vestíbulo.

—Ya no tienes nada que temer —dijo—. No te muevas de aquí.

Volvió atrás y recuperó su «Beretta». Intentó identificar a los dos tipos, pero no llevaban documento alguno. Fue hacia la puerta y apagó la luz protegiéndose la mano con su pañuelo. También se llevó la pistola y el estilete para arrojarlos al mar durante el viaje de regreso.

Marion volvió a pegarse a él como una niña.

—¿Qué va a pasar ahora, Johnny?

—Nada. Nos largaremos de aquí. Alguien, algún día, encontrará a esos dos ahí dentro y tendrá un bonito dolor de cabeza. Tú y yo mantendremos la boca cerrada. ¿Comprendido, pequeña?

—Sí, pero no entiendo por qué quieres mantenerla en secreto. Trataron de matarnos, ¿no?

—Por supuesto, pero temo que el comisario tomaría las cosas por el lado trágico. Son ya demasiados cadáveres ensuciando su bonita ciudad. Eso puede asustar a los turistas... Vámonos. Tomaremos su coche.

Abandonaron la casa a bordo del auto de los pistoleros. Johnny condujo por la carretera de la Corniche en busca de su «Alfa-Romeo». Marion se deslizó por e, asiento y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ha sido todo tan espantoso, querido —susurró.

—Ya pasó. No creo que vuelva a suceder.

Separó una mano del volante y rodeó sus frágiles hombros con el brazo, infundiéndole un calor y una fe que ella necesitaba.

Después gruñó:

—Habrá que hacer algo contigo, nena... no puedes ir por el mundo con una jauría de asesinos pegados a tus talones.

—¿Qué sugieres?

—El yate... de momento, sigo siendo el patrón a bordo. Allí estarás, a salvo... creo.

—¿Estarás tú conmigo, Johnny?

—Bueno, no de modo permanente. Hay muchas cosas que hacer ahora que ha muerto Dunbar... pero siempre habrá alguien a bordo, vigilando.

Ella no replicó y siguió acurrucada junto al hombre. Le hubiera gustado

desentrañar el misterio que eran sus sentimientos, puesto que jamás había experimentado una sensación semejante a la que sentía cuando, estaba al lado de Johnny O'Keefe, o cuando éste la rodeaba con sus brazos...

Había llegado a odiar a los hombres, a sus manos demasiado largas y a sus intenciones excesivamente cortas y claras. Pero ahora era distinto. Todo era nuevo más limpio y claro. Y sentía un placer extraño.

Albert Fenton tardó cierto tiempo en digerir la novedad. Después, cuando comprendió que la cosa iba en serio, enarcó las cejas, perplejo, y gruñó:

—Esa chica solo te traerá problemas, Johnny. Además, todavía no sabes si podremos seguir en el yate por mucho tiempo.

—No importa. Mientras estemos aquí ella estará segura. ¿Dónde está Sabine?

—En tierra. Se ha encargado de despachar una serie de telegramas a Londres, Roma y otros lugares. Es preciso que los directores de las sociedades de Dunbar estén al corriente de lo que sucede. Ya avisó también a los abogados de Londres... Ahora tampoco ella parece muy feliz, porque su empleo se ha evaporado al igual que el mío.

—Encontrarás otro trabajo en cualquier otra parte —rezongó O'Keefe—. Ocupate de tener las documentaciones a punto para cuando lleguen los abogados. Cuando antes se termine con los trámites, más pronto sabremos a qué atenernos.

Tras una pausa, Fenton refunfuñó:

—¿Sabes qué opino, Johnny?

—Eso no lo sabes ni tú mismo. Eres un tipo desconcertante.

—Te hablo en serio...

—Está bien, suéltalo de una vez. Tengo muchas cosas que hacer todavía.

—Es sobre ese negocio de Roma...

—¿Qué negocio?

—El que el jefe no realizó al final. Se trataba de ochenta y nueve millones de dólares.

—Un buen pellizco. ¿Qué hay de raro en ese negocio?

—Bien, no lo sé. Pero él estaba absolutamente decidido a llevarlo a cabo. Era su participación en una refinería de Irán... iba a vender sus acciones a un consorcio italiano.

—¿Y qué?

—¿Por qué no lo hizo?

—Regístrame. Eso deberías preguntárselo a Sabine.

—Ya lo hice.

—Bueno, entonces...

—No sabe una palabra. Dunbar sostuvo una conferencia con el consorcio italiano y casi llegaron a un acuerdo. Luego recibió una llamada telefónica y tras ella canceló la operación.

—Cambió de idea... Quizá le informaron que sus acciones iban a valer mucho más dentro de poco... Te confieso que no entiendo nada de esas altas finanzas ¿Por qué te preocupas tanto?

—Por la relación de impuestos. El efectuó fuertes desembolsos preparando esa operación. Hay que justificar las salidas de esas cantidades de una manera o de otra...

—Ya veo... pero no puedo aconsejarte, viejo. No es mi fuerte todo este embrollo de impuestos y negocios ¿Dónde está Marion?

—En el camarote. Vuelvo a insistir que esa chica nos traerá líos.

—En todo caso, me los traerá a mí.

Dejó a Fenton y descendió a los camarotes para entrevistarse con la muchacha.

En la cámara, el secretario se mesó los cabellos, perplejo por las dificultades que se presentaban de súbito precisamente en las postrimerías de su trabajo.

De pronto el teléfono empezó a sonar y él lo descolgó maquinalmente. Una voz desconocida dijo a través del auricular:

—Quiero hablar con Albert Fenton.

—Yo soy Fenton. ¿Qué desea?

—Proponerle un negocio, señor.

—¿A mí? No comprendo... ¿Qué clase de negocio?

—No pienso detallarlo por teléfono. Está relacionado con el asunto de Roma.

Fenton se enderezó, alerta de pronto.

—Hable —insistió.

—No por teléfono. Tampoco lo haré hasta saber que puedo confiar en usted. Ni una sola palabra de todo eso tiene que ser dicho a nadie...

—Mantendré el secreto. Hable de una maldita vez.

—Mire, hagamos otra cosa. Una entrevista. Si me convenzo de que puedo confiar en usted haremos el trato. Supongo que le gustaría ganar cien mil dólares, ¿eh?

Fenton se estremeció. En el instante de perder su empleo, cien mil dólares serían la solución definitiva...

—Por supuesto que me gustaría. Pero si se trata de algo ilegal...

—Sólo por mí parte. La suya es solamente una pequeña «colaboración».

—De acuerdo. ¿Dónde podemos vernos?

—Ya he pensado en eso. Hay un pequeño bungalow medio en ruinas, a un par de kilómetros de Cap Ferrat. Está en el centro de una parcela llena de hierbas. En la entrada hay un cartel anunciando que está en venta. Es un lugar ideal para tratar de negocios sin oídos indiscretos.

—Sé dónde está ese bungalow, pero...

—Debe confiar en mí si quiere hacer el negocio.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Esta noche, a las nueve, podemos encontrarnos allí. ¿Le parece bien?

—¿Y ese asunto del que quiere hablarme está relacionado con el negocio que mi jefe debía realizar en Roma.

—Sí.

—Allí estaré —prometiéndolo, resuelto.

El otro no dijo nada más. Colgó y Fenton depositó el auricular muy despacio, absorto. Cien mil dólares era mucho dinero... demasiado quizá.

No supo si en su decisión de aceptar la entrevista influyó más el deseo de embolsarse ese dinero, o sus ansias de averiguar lo sucedido con el negocio de Roma. Si pudiera fastidiar a Sabine...

Tomó un trozo de papel, escribió unas frases y lo dejó en lugar visible. Después abandonó el yate decidido a dar un paseo para calmar los nervios antes de acudir a la cita.

* * *

El papel rezaba solamente:

«Acabo de tener noticias confusas sobre el negocio de Roma, Johnny. Voy a averiguar qué hubo de cierto, porque me huele muy mal todo esto. Te informaré esta misma noche».

Johnny no pudo contener un juramento y se precipitó a la pasarela, donde un tripulante seguía montando guardia.

—¿Sabes qué dirección ha tomado míster Fenton?

El hombre señaló hacia el estacionamiento.

—Ha ido en busca de un coche, supongo.

—¡Maldito estúpido...!

Volvió a la cámara. Tenía el convencimiento de que aquello era una trampa. No sabía de qué clase, pero estaba seguro que Fenton iba a colocarse él mismo en una situación apurada, y la alusión al asunto de Roma acababa de confirmárselo. ¿Quién podía estar enterado de aquel negocio fallido? Quizá algún granuja italiano deseoso de sacar tajada de... ¿de qué?

Sacudió la cabeza, se puso una camisa y tomando el revólver abandonó el yate encaminándose al aparcamiento del Club Náutico.

El «Alfa-Romeo» había desaparecido.

Eso indicaba que la cita de Fenton era fuera de Niza. Habló con el guardián de los coches, pero el hombre no sabía qué dirección había emprendido Fenton.

Se disponía a volver al yate cuando el «MG» rojo apareció, deteniéndose con un chillido de los frenos. Freda se levantó, sentándose sobre el respaldo del asiento.

—¿Te acuerdas de mí todavía, Johnny O'Keefe? —le increpó.

—Lo siento, nena, he tenido mucho trabajo estas últimas horas... y mucho me temo que sigo estando ocupado todavía. Mi jefe murió, ¿lo sabías?

—Leo los periódicos, querido. ¡Claro que lo sabía! Pero tengo un magnífico teléfono en el hotel...

—Lo lamento de veras... ¿Por dónde has venido ahora?

—Por el paseo, naturalmente.

—¿No has visto nuestro «Alfa-Romeo», por casualidad?

—¡Seguro que lo he visto! Casi me he lanzado en su persecución porque creí que eras tú quien lo conducía. Pero luego me he dado cuenta de que era ese alfeñique que vive en el yate y le he dejado correr a su gusto.

Johnny suspiró, impaciente.

—¿Hacia dónde se dirigía?

—A la Corniche, en dirección a Cap Ferrat.

—Muy bien, apártate del volante, cariño.

—¿Qué?

Johnny pasó por encima de la portezuela. Freda se apartó de un brinco antes que fuera aplastada por aquella mole de músculos. Cuando trató de protestar, el veloz «MG» maniobraba para enfilarse al paseo.

—¡Si crees que puedes disponer de mí y de mi coche a tu antojo, maldito grandullón...!

—Sólo del coche. Agárrate.

—¡Qué agárrate ni qué...!

El hundió el acelerador y el pequeño coche deportivo zumbó sorteando los autos que entraban a Niza procedentes de Cap Ferrat. Luego acabó de hundir el pedal y el cuenta-millas ascendió como un cohete.

Freda le miró de reojo, un tanto preocupada.

—¿Te molestaría decirme qué significa todo esto? —refunfuñó.

—Quiero alcanzar a Fenton, si es posible.

—Vas a conseguir que nos hagamos trizas contra cualquier árbol... ¡Eh, cuidado, ese camión...!

El «MG» describió una S escalofriante, casi rozando los guardabarros delanteros de un camión de gran tonelaje. Las llantas chillaron sobre el asfalto. Johnny volvió a aplastar el pedal hasta el fondo.

El aire chillaba contra los costados del parabrisas. Freda, asustada al fin, cerró la boca dudando de las facultades mentales de aquella montaña de músculos que manejaba el coche como si estuvieran en el circuito de Le Mans.

De pronto, tras la suave cresta de la carretera, surgió Cap Ferrat. Las

primeras luces empezaban a encenderse, pero había suficiente claridad para darse cuenta de que no había el menor rastro del «Alfa-Romeo».

Johnny redujo la marcha al entrar en la población. La muchacha dijo:

—¿Y ahora qué?

—Daremos una vuelta. Quizá el coche esté aparcado en alguna parte.

—¿Es que Fenton, o como se llame ese hombrecillo, se ha largado con la caja fuerte del yate?

—Ojalá fuera eso...

—No lo entiendo, muchacho.

—Tengo la impresión que se ha dejado engañar, acudiendo a una trampa en la que dejará el pellejo.

—Creo que dramatizas, querido... Al fin y al cabo, él es bastante mayor para saber lo que debe hacer.

—Es un tipo quejumbroso y derrotista, eso es lo que es. Pero está obsesionado por un extraño negocio que el patrón no llevó a cabo y ese ha sido el cebo... y esa gente no bromea en absoluto. Matan sin titubear.

—Mataron a Dunbar, pero eso no quiere decir que estén dispuestos a terminar con toda la gente que le rodeaba en vida.

—Han intentado liquidarme a mí varias veces, y yo conozco mucho menos de los negocios de Dunbar que Fenton...

Siguieron recorriendo las calles durante media hora.

—No hay ni rastro de Fenton ni del coche... Quizá haya seguido adelante, más allá de Cap Ferrat.

—O tal vez ni siquiera haya llegado aquí —aventuró Freda—. Puede haber hecho una docena de cosas distintas. No lo encontraremos sin tener ninguna pista. ¿Por qué no nos olvidamos de él por unas horas, Johnny, ahora que estamos juntos?

—Porque no puedo apartarlo de mi pensamiento. Tengo la sensación de que mientras estamos aquí, perdiendo el tiempo, ese tonto está siendo descuartizado.

Ella se estremeció.

—Podrías decirlo de una manera menos gráfica —dijo con evidente mal humor—. ¿Qué te propones hacer entonces? No podemos pasarnos la noche plantados en las calles esperando que aparezca tu coche.

—Vamos a regresar a Niza. Quizá a ese loco se le ocurra comunicar con el yate antes que sea demasiado tarde.

Ella suspiró resignadamente. Luego masculló:

—Podría sugerirte centenares de ideas mejores que esa para pasar la noche juntos, pero ya veo que es inútil intentarlo siquiera.

Johnny la miró de reojo. Sonrió de labios afuera, maniobró y un minuto después abandonaban Cap Ferrat, remontando la suave cuesta, ya sin la velocidad suicida que había asustado a Freda durante el viaje de ida.

—Si ha acudido a una trampa, han sabido elegir bien el cebo...

—¿Qué?

—Olvidalo.

—Estás muy raro esta noche, querido. Aunque haya muerto tu jefe, no creo que un tipo como tú encuentre dificultades en lograr otro buen empleo.

—No pienso en mi empleo precisamente... ¡Eh, condenación!

Hundió el freno, esquivando un veloz coche que acababa de surgir de un camino lateral como una flecha. El auto dio unos bandazos al enfilar la carretera de la Corniche y ganó velocidad, alejándose en la noche.

—¡Maldita sea el «Alfa»! —rugió Johnny.

—¿Estás seguro?

—Apostaría la mano derecha que es el nuestro.

Una vez más el diminuto «MG» saltó hacia delante sobre el asfalto, con el acelerador hundido al máximo. El cuenta-millas subió y subió, mientras Freda se aferraba al asiento con todos los nervios en tensión por la salvaje carrera.

—¡Ahí lo tenemos! —gruñó el marino.

El «Alfa-Romeo» estaba al final de una recta. Sólo se distinguían sus luces de cola, pero eran suficientes para comprender la brutal velocidad que desarrollaba.

Johnny, con las mandíbulas encajadas, acariciando el volante, dominó sus nervios y le sacó un poco más de velocidad al rojo bólico de Freda.

—El jamás correría así —dijo.

—¿Qué?

Levantó la voz para dominar el zumbido del viento.

—¡Fenton! Él nunca se atrevería a correr de esa manera...

—¿Quieres decir...?

Dejó la frase sin terminar y se estremeció. Dejó que él manejara a su antojo, porque distraerlo a tamaña velocidad equivalía a un suicidio.

Poco a poco ganaban terreno. El «Alfa-Romeo», mucho más pesado, se encaramaba en las curvas con mayor soltura, pero en tramos rectos o llanos el ligero y raudo «MG» adelantaba metro a metro. Las luces rojas eran mucho más grandes ya, y distinguían perfectamente el contorno y el color de la carrocería.

—No cabe duda que es el nuestro —masculló Johnny, inclinado sobre el volante.

—¿Cómo piensas detenerlo? —chilló la muchacha.

—¡Haré que salte fuera de la carretera!

—¿Estás loco?

De pronto, tras una cerrada curva, surgió un tramo de más de dos millas completamente recto, colgado sobre los roquedales a cuyo pie se estrellaban las olas con su eterno chapoteo.

—¡Ahora! —dijo Johnny.

El «MG» pareció contagiarse de su impaciencia y voló materialmente sobre el asfalto. Freda no recordaba que aquel coche hubiera corrido jamás de semejante manera. Era una emoción nueva, que la llenaba de zozobra, pero que al mismo tiempo hacía vibrar cada fibra de su cuerpo ante la implacable caza del hombre por el hombre.

—¡Ahí está...!

Johnny presionó el claxon una y otra vez. El «Alfa-Romeo» se vio desbordado por el rojo bólido y su conductor, quizá aturdido por el escándalo del claxon y la loca carrera del «MG», dio un golpe de volante hacia la derecha para dejarle paso.

El pequeño auto rojo se colocó a su altura, se, deslizó hacia él como si quisiera empujarlo hacia el abismo y el «Alfa-Romeo» clavó las llantas en el asfalto con un chirrido estremecedor.

Johnny maniobró suicidamente. Las dos carrocerías casi se estamparon una contra otra, pero finalmente el «Alfa» se detuvo con las ruedas metidas en la cuneta, peligrosamente inclinado sobre los roquedales. El «MG» quedó atravesado en la carretera, unos metros más adelante.

—¡No te muevas de aquí! —gritó Johnny, saltando por encima de la portezuela.

Vio al conductor del otro coche echar a correr y sus largas piernas emprendieron la persecución como si tratara de ganar una carrera en cualquier olimpiada.

—¡Deténgase! —aulló, sacando el revólver.

El otro volvió la cabeza. Las tensas facciones de Andi Marcini reflejaron el pánico al ver cómo su perseguidor ganaba terreno, echándosele encima materialmente.

Entonces sacó un cuchillo y se detuvo, dispuesto a matar una vez más.

Pero Johnny estaba demasiado furioso en aquellos instantes, y ya, había luchado con demasiados cuchillos en pocas horas. Cuando sonó el estampido del disparo, Marcini se disponía a brincar hacia delante. Sólo que el salvaje impulso del proyectil le detuvo, obligándole a trastabillar hacia atrás.

Luchó por no caer, mientras retrocedía tambaleándose. Un nuevo balazo le rompió la clavícula obligándole a soltar el cuchillo. Giró sobre los talones, encogiéndose sobre sí mismo. Tras esto, cayó de cabeza al abismo y su cuerpo rebotó de roca en roca con un sonido espantoso.

Johnny se detuvo al borde del precipicio. Todavía vio el cuerpo cuando saltaba de unas rocas a otras y luego desaparecía en la negrura de la playa.

Volvió atrás, hacia el coche. Freda se había apeado y estaba muy pálida.

—¡Le has matado! —balbuceó.

—Seguro.

—¡Oh, Johnny!

—Vas a regresar tú sola a Niza. Busca al comisario Armet y cuéntale lo sucedido. ¿Entiendes?

—¿Qué vas a hacer tú?

—Volveré atrás, hasta el desvío del que ha surgido ese bastardo. Indícaselo al comisario cuando venga a reunirse conmigo. ¿Lo harás?

—Sí, claro...; pero tengo miedo, Johnny. Te juro que ahora tengo un miedo espantoso.

—No tienes nada que temer. La cosa va dirigida contra mí, o contra los que estuvimos al servicio de Dunbar... No pierdas tiempo. Yo me llevaré el «Alfa».

Inclinándose, rozó los labios de la muchacha con los suyos. Ella se aferró a su cuello histéricamente y el beso no fue tan solo una caricia de despedida.

—Más tarde, cuando esto termine, Freda.

—¿Y cuándo terminará?

—No lo sé. Ni depende de mí tampoco. Ahora vete, nena.

Contempló cómo el «MG» se perdía tras la primera curva. Entonces tomó el «Alfa-Romeo», le dio la vuelta en medio de la carretera y retrocedió en dirección a Cap Ferrat en busca del desvío. Estaba seguro que no lejos de allí encontraría a Fenton... muerto.

10



El comisario se detuvo ante el bungalow. Sus ojos saltaron de Johnny O'Keefe a la puerta abierta, como si dudara antes de penetrar en el ruinoso edificio.

Johnny se quitó el cigarrillo de los labios y señaló por encima del hombro, hacia dentro de la casa.

—Entre, comisario —dijo con forzada calma—. Tiene otro espectáculo nauseabundo esperándole.

—¿Un cadáver?

—Semejante al de Dunbar.

—Ya veo...

Otro coche maniobró hasta detenerse junto al del comisario. Algunos agentes de paisano descendieron de él.

Más allá el «MG» relucía bajo el resplandor de los faros de los demás. Freda seguía sentada en él, sin atreverse a ver de cerca lo que fuera que aguardaba dentro de la cabaña.

El comisario Armet avanzó hasta la puerta y se detuvo una vez más. Dijo:

—Ella me ha contado sus aventuras, *monsieur* O'Keefe. Al parecer, también en esta ocasión tiró usted a matar.

Sólo obtuvo un gruñido por respuesta. O'Keefe arrojó el cigarrillo y lo pisoteó. Luego se encogió de hombros, al enfrentarse con el policía.

—Realmente —masculló—, no creo que esta vez el tipo muriera a causa de los disparos. Estoy seguro que uno de ellos le dio en el hombro solamente. Pero se despeñó y eso fue lo que le causó la muerte.

—Ya sé que el hombre cayó por un precipicio. Su hermosa acompañante nos ha señalado el lugar y tengo a algunos hombres trabajando allí.

—Entonces empiece usted a hacerlo aquí...

El policía pasó junto a él, entrando en el bungalow. Sus hombres le siguieron. Johnny oyó sus exclamaciones de estupor, o quizá de espanto, al enfrentarse con el sangriento espectáculo que les aguardaba allí dentro. Encajó las mandíbulas, porque los despojos de ese espectáculo habían sido el cuerpo del gimoteante Fenton. El furor que le causaba la muerte de aquel hombre se le antojó desproporcionado, pero no podía evitarlo al recordar al inofensivo hombrecillo con el que había convivido durante más

de dos años a bordo del yate.

Uno de los fotógrafos salió tambaleándose. Al pasar por su lado le oyó mascullar:

—¡Apestoso oficio éste...!

Johnny se acercó al «MG». Freda le miró interrogativamente.

—¿Es tan malo como parece, Johnny? —musitó.

—Peor. Una auténtica salvajada. Pobre Fenton..., no merecía ese final.

—Pero, ¿por qué, Johnny, por qué?

—Empiezo a tener una idea. Matar a Fenton ha sido un error del asesino, nena, porque para atraerlo han utilizado un argumento que es un arma de dos filos.

—¿Vas a quedarte aquí toda la noche?

El titubeó. Luego dijo:

—Por lo menos hasta que la policía termine. Es mejor que regreses a Niza. Te llamaré mañana al hotel. ¿Conforme?

—Dudo que lo hagas, Johnny. Algo ha sucedido últimamente que lo ha cambiado todo entre los dos. Y no me refiero a esos crímenes precisamente...

—¿De qué estás hablando?

—Quizá de otra mujer.

—¿Qué te hace pensar eso, Freda?

—Tu actitud hacia mí. ¿Hay otra, Johnny?

—No lo sé. No sé si ella es lo bastante importante para interponerse entre los dos.

—Lo es, puedes estar seguro.

El marino enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo puedes afirmarlo, si ni siquiera la conoces?

—No es difícil tonto... Ella ha logrado que yo ya no sea importante para ti.

Incómodo, Johnny buscó desesperadamente una explicación convincente. Sólo que no la encontró y todo lo que pudo conseguir fue una especie de ronco gruñido.

Freda añadió:

—Entre tú y yo no había misterios, Johnny. Sabíamos perfectamente hasta dónde podíamos llegar... Ha sido hermoso mientras ha durado, ¿no crees?

—Freda...

Ella sonrió. Dio vuelta a la llave de contacto y el poderoso motor lanzó un rugido.

—Me quedaba una semana de vacaciones todavía... quizá me vaya mañana.

—Escúchame, Freda, yo...

—No tienes que disculparte. Hicimos un trato al conocernos. Nada de

lazos ni sentimentalismos. Sólo pasarlo bien. Y lo hemos pasado estupendamente. Adiós, Johnny.

El «MG» empezó a moverse, cobró velocidad al dar la vuelta y él dijo con voz ronca:

—Adiós, Freda.

Ella agitó la mano. El motor latió con poderoso empuje y el veloz auto rojo se alejó como una centella.

Estuvo viendo las luces rojas hasta que se perdieron entre los árboles. Entonces dio media vuelta y se encaminó a la casa. El comisario Armet le aguardaba junto a la puerta.

—¿Dificultades? —indagó, tanteándose los bolsillos.

Johnny le ofreció el paquete de cigarrillos. El policía tomó uno y tras encenderlo dijo pensativamente:

—No parece que se hayan separado muy amistosamente.

—Olvídelo, comisario, no tiene nada que ver con su trabajo.

—Tal vez no. ¿Cómo supo usted que ese desgraciado se dirigía a una trampa? Porque eso es lo que su amiga ha dado a entender...

—Fenton dejó una nota escrita... Tome, es ésta.

El comisario Armet la leyó despacio. Johnny añadió:

—Él estaba obsesionado por ese negocio de Roma y la liquidación de impuestos de Dunbar...

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Exactamente no lo sé. Se habían efectuado cuantiosos gastos en la preparación de ese asunto. Debía justificar los impuestos de esas cantidades, supongo. O quizá estuviera preocupado por los impuestos directos de la operación de Roma...

—¿Era muy importante?

—Según Fenton, casi noventa millones de dólares.

El policía no pudo contener un silbido de asombro.

—¡Demonios! —exclamó—. Era como para preocuparse de los impuestos... De modo que *monsieur* Fenton estaba preocupado por este asunto.

—Así es. No comprendía cómo no se había llevado a cabo. Y al parecer, el asesino le citó para hablarle de eso. Le faltó tiempo para correr... al encuentro con la muerte.

Sus dientes rechinaron de furor mal contenido. El comisario le miró de reojo, perplejo.

—Le ha afectado mucho, ¿no es cierto? —preguntó.

—Era un excelente compañero. Le apreciaba.

Hubo un cierto silencio, que el policía aprovechó para fumar a placer, mientras a sus espaldas, dentro de la casa, relampagueaban los chispazos de los fotógrafos de la policía.

Dijo después:

—He recibido extensos informes de Marsella... Esos asesinos estaban en libertad desde poco más de un mes o dos. Encontraron trabajo con mucha facilidad, ¿no cree?

Johnny ladeó la cabeza y gruñó:

—¿Está pensando lo mismo que yo, comisario?

—Quizá.

—Un aficionado, ¿eh?

—No necesariamente, pero muy probable.

—Mire, un hombre como usted, o como yo, podríamos contratar una docena de asesinos en los barrios bajos de Marsella. Conocemos el ambiente y sus gentes. Pero ese ambiente es tan cerrado como la caja acorazada de un Banco para los extraños. Muy bien; un aficionado, si necesita criminales con urgencia, solo puedo encontrarlos en los presidiarios que son puestos en libertad de vez en cuando. Todo lo que tiene que hacer es estudiar sus vidas, averiguar por qué fueron condenados, o por qué son puestos en libertad... Una labor de selección, ¿entiende?

—Creo que sí. Luego, la carta y los diez mil francos como señuelo...

—Exactamente.

—De manera que tenemos a un aficionado metido en esto, según usted.

—¿No es lo mismo que piensa usted, comisario?

—Poco más o menos. Estaré más seguro cuando hayamos identificado al tipo que mató usted. Si también es un ex presidiario recién liberado, creo que podremos aceptar su teoría sin vacilaciones.

Johnny asintió con un gesto.

—Eso es trabajo suyo, comisario. Yo he de regresar al yate cuanto antes. Podrá encontrarme allí si me necesita.

—¿Alguna otra idea?

O'Keefe le miró recto a los ojos.

—Seguro —dijo—. Tengo muchas ideas, la mayoría perfectamente inútiles. Pero he de comprobar otras en el yate, así que si no le importa, me iré.

—Por supuesto, no saldrá usted de Niza todavía, ¿eh, *monsieur*?

—Pienso seguir aquí por algún tiempo. Buenas noches, señor. Nosotros nos haremos cargo del cuerpo de Fenton cuando ustedes terminen con él. Quiero que tenga un entierro decente por lo menos.

—Muy lógico.

Johnny se dirigió al «Alfa-Romeo» y poco después emprendía el camino de regreso a Niza dispuesto a poner en claro algunas ideas de las que le atormentaban desde que leyera la nota que llevó a Fenton a la muerte.

La mesa aparecía materialmente cubierta de papeles y documentos de todas clases. Johnny estaba inclinado sobre ellos, leyéndolos uno a uno, mientras Marion, sentada en el diván fumaba en silencio, pero sin apartar la mirada de él, como deseando llenarse de su corpulenta imagen.

Fenton había sido un burócrata perfecto. No había un solo papel sin clasificar, muchos de ellos con notas marginales aclaratorias. A pesar de no entender absolutamente nada de las complicadas operaciones de liquidación de impuestos, ni de contabilidades financieras, el marino se daba cuenta de la importancia de aquellas operaciones. Por otra parte, no eran documentos de contabilidad lo que buscaba realmente.

Marion, al aplastar el cigarrillo en el cenicero, dijo:

—¿No piensas dormir esta noche, querido?

El ladeó la cabeza.

—No —dijo—. Por lo menos, hasta que encuentre lo que me interesa. Pero tú puedes volverte a la cama si quieres, pequeña.

—Prefiero quedarme aquí.

—Cómo te parezca...

La tarea de selección se prolongó hasta el amanecer. Por los ventanucos redondos se filtraba el tibio sol mañanero cuando Johnny dejó escapar un largo suspiro de satisfacción y se echó atrás en el sillón.

—Ya lo tengo —gruñó.

Entonces se dio cuenta que la muchacha se había quedado dormida, recostada en el sofá. Sonrió, un tanto sorprendido de la ternura que ella le inspiraba.

Levantándose, se acercó a Marion y estuvo contemplándola unos segundos. Estaba vestida con un pijama demasiado grande para ella, y ese sobrante de ropa la hacía parecer todavía más frágil y aniñada. Inclínándose, la tomó en brazos y la levantó como si no pesara más que una pluma.

Ella susurró algo ininteligible, pero no despertó. Anduvo con ella en brazos hacia el camarote que le había asignado y allí la depositó suavemente sobre la litera. Marion rebulló, buscando una postura cómoda, y continuó durmiendo profundamente. Su juventud vencía la inquietud y el temor a la amenaza desconocida que parecía gravitar sobre los ocupantes del yate.

Johnny la cubrió con una manta, dominó sus impulsos y abandonó el camarote, regresando a la cámara, donde tomó uno de los documentos que guardó en el bolsillo. Tras esto se ocupó de amontonar todos los demás papeles, que guardó en los cajones y cerró éstos con llave.

Se dirigió a su propio camarote, reemplazó los cartuchos gastados del revólver por otros nuevos y luego subió a cubierta.

El tripulante que montaba guardia junto a la pasarela se irguió al verle.

—Todo tranquilo, patrón —dijo—. ¿Cree que intentarán algo contra el

yate?

—No lo sé, pero pueden tener la idea de matar a la muchacha. No se descuide.

—Bueno, si lo intentan van a encontrarse con plomo suficiente como para hundir un acorazado.

Johnny fue en busca del coche. El sol comenzaba a levantar chispas doradas de las aguas del puerto, pero era temprano todavía para los alegres veraneantes de Niza, de modo que los muelles aparecían desiertos.

Condujo directamente al edificio de teléfonos, estacionó y, dirigiéndose al departamento de comunicaciones internacionales, pidió una conferencia con ciertas oficinas de Roma.

—Quince minutos —le advirtieron.

—Muy bien, esperaré.

Había un bar al otro lado de la plazoleta. Pidió café negro y estuvo fumando incesantemente todo el tiempo.

Cuando volvió a la oficina, la hermosa muchacha le sonrió, haciéndole señas. Se apresuró hacia ella.

—Su comunicación, *monsieur*; cabina cinco...

Se encerró dentro. Al descolgar el auricular oyó una voz nítida que preguntaba en italiano quién llamaba.

Replicó en el mismo idioma:

—Aquí comisario Armet de la policía judicial de Niza. Ustedes deben haber leído ya que Basil Dunbar fue asesinado...

—Por supuesto, comisario. Una gran pérdida, en efecto, pero...

—El acababa de regresar de Roma cuando lo mataron. Sabemos que hizo ese viaje para realizar un importante negocio con ese consorcio petrolero... ¿Podría hablar con alguno de los directivos que trató con él, por favor?

—Ciertamente, comisario.

Esperó, escuchando una serie de chasquidos, voces débiles que no entendió en absoluto y, finalmente, otra, muy clara, que vibró en el auricular:

—Habla Alessandro Garose, comisario. Me gustaría poder ayudarle a capturar al asesino del *signore* Dunbar, naturalmente. ¿Qué puedo hacer por usted?

Johnny dijo:

—Monsieur Dunbar viajó a Roma para un negocio petrolífero con ustedes. Sé que no se llevó a cabo y me interesa saber por qué. Tengo evidencias de que el crimen está relacionado con ese negocio.

Oyó una seca exclamación al otro extremo de la línea.

—¿Qué dice usted, *signore*? Llevamos a buen fin nuestro negocio con el *signore* Dunbar. Todo fue satisfactorio. Tenemos los documentos en regla, firmados por él... Debe haber un error, comisario.

Johnny se estremeció.

—Es posible —dijo, metido en su papel de policía—. Ya sé que esas operaciones suelen considerarse confidenciales, pero nos ayudaría mucho saber la cuantía de la transacción y la forma en que fue pagada por ustedes. Así mismo, sería importante conocer también cómo dispuso *monsieur* Dunbar del importe de su venta.

Hubo una pausa. Imaginó al financiero italiano, en su lejano despacho, debatiéndose en un mar de dudas. Finalmente, la voz le llegó llena de incertidumbre:

—No me parece correcto..., pueden existir complicaciones legales...

—Le doy mi palabra de no utilizar esos informes, excepto en lo que concierna a la identificación del asesino, *monsieur*.

Cayó otra larga pansa: Y al fin, obtuvo lo que deseaba.

—El negocio fue cerrado en ochenta y seis millones de dólares, comisario —dijo a voz de Alessandro Garose—. Por exigencias del signore Dunbar, esa suma le fue transferida a un Banco suizo. Él se desplazó a Suiza personalmente después, para formalizar el ingreso.

—¿Está seguro que se trasladó a Suiza? Estoy convencido que llegó a Niza procedente de Roma.

—Por supuesto, comisario. Regresó aquí después de su viaje. Nos vimos dos veces más antes que decidiera volar a Niza. Dijo que emprendería un crucero con su yate para celebrar el buen negocio que había hecho.

—Entiendo. Eso es todo, *monsieur*... Le quedo muy agradecido.

Colgó lleno de excitación. Casi estaba seguro de tener en la mano todos los hilos del drama que había desencadenado aquel río de sangre.

Ya solo quedaba por hacer una cosa, y se dispuso a llevarla a cabo personalmente..., como tributo de venganza por la muerte de Fenton.

Johnny se detuvo junto a la pasarela. El que vigilaba ahora era Maurice, y lo hacía con la mano hundida en el bolsillo donde guardaba su arma. Tenía una expresión hosca en la cara cuando el capitán del yate llegó a su lado.

—Lamento mucho lo del pobre míster Fenton —gruñó.

—Yo también. ¿Ninguna novedad, Maurice?

—En absoluto.

Subió a bordo, encaminándose directamente a su camarote. Sabía que la muerte estaría a su alrededor durante el tiempo que tardara en acabar con la amenaza; por consiguiente, realizó unos sencillos preparativos antes de cerrar otra vez el armero metálico.

Todo su poderoso cuerpo era un amasijo de duros músculos y nervios en tensión. Ya no dudaba, y como siempre que tomaba una determinación, solo tenía en cuenta los instantes inmediatos, aquellos en los cuales solo podría confiar en su poderosa musculatura o en su agudo cerebro.

Cuando entró después en la cámara vio que Marion le aguardaba allí ante los restos de su desayuno.

—Supongo que has sido tú quien me ha llevado a la litera

—runruneó la muchacha.

—¿Quién otro podía hacerlo?

Inclinándose, la besó en los labios. Ella le rodeó el cuello con los brazos, colgándose de él cuando se irguió, de modo que sus pies perdieron contacto con el suelo.

—¡Oh, Johnny! ¿Cuándo podremos olvidar todo ese horror y vivir solo para nosotros, mismos?

—Pronto, nena... muy pronto. Ahora ya sé el motivo de esas muertes.

Ella aflojó los brazos, deslizándose pegada a él hasta, tocar de nuevo las tablas del suelo con los pies.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Ella levantó la cara, ofreciéndole otra vez sus labios. Estuvieron unidos por un largo espacio de tiempo. Cuando la soltó, Marion susurró llena de temores:

—¿Por qué, Johnny... cuál es el motivo?

—Ochenta y seis millones de dólares.

—¡Cielo santo! ¿Existe realmente tanto dinero?

—Por supuesto, pequeña. Está depositado en un Banco suizo... uno de esos Bancos que mantienen absoluto secreto sobre la identidad del titular de la cuenta. El nombre es sustituido por una cifra y no hay poder en la tierra capaz de hacerles revelar un solo detalle del cliente... a menos que se les demuestre que éste es un asesino sin conciencia que ha matado precisamente por ese dinero.

—No comprendo... ¿Quieres decir que alguien quiere apoderarse de todo ese dinero?

—Sospecho que se ha apoderado ya de él, primor.

Ella parpadeó, retrocediendo con la mirada clavada en el hombre. Cuando sus piernas tropezaron en el diván dejóse caer en él, impresionada.

—Pero, ¿cómo fue a parar la fortuna a esa cuenta? —balbució.

Él fue a sentarse sobre una esquina de la mesa, de cara a la muchacha. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego explicó, pensativo:

—Basil Dunbar cobró esa suma por la venta de su participación en una refinería petrolífera... Supongo que su idea fue eludir los impuestos cuya declaración debía efectuar después de la venta. Los impuestos de una montaña de dólares como esa deben subir a una cifra astronómica, de modo que pensó evitarse el pago ingresando el dinero en una cuenta secreta...

—No entiendo esta clase de cosas, Johnny —le interrumpió la muchacha—. ¿Cómo puede hacer alguien una cosa así sin que le detengan por lo menos?

—Porque hay muchas clases de delincuentes, nena. Tal vez utilizó otro nombre...

Marionladeó la cabeza hacia la puerta. Johnny se puso tenso pero no se movió. Una voz nueva dijo desde la entrada:

—¿Todo eso lo has deducido tú solo, Johnny?

Este suspiró. Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró el humo profundamente antes de replicar:

—Naturalmente, Sabine. No fuiste lo bastante lista.

Expelió el humo y se volvió poco a poco. Sabine Faxon estaba en el umbral, apuntándole con un pequeño revólver provisto de silenciador.

Marion desorbitó los ojos.

—¿Quieres decir que ella...?

La voz se le extinguió.

—Seguro, pequeña. Sabine también creyó tener al alcance de la mano la oportunidad de su vida... Realmente, ochenta y seis millones de dólares libres de impuestos pueden considerarse una gran oportunidad.

La ex secretaria avanzó precavidamente, cerrando la puerta a sus espaldas. El revólver se mantenía rígido en su mano y sus ojos tenían un brillo homicida.

—Sé que llevas un revólver, querido —murmuró—. Lo utilizaste contra Marcini, en la carretera, de modo que sácalo con cuidado y déjalo caer al suelo. Sin juegos malabares, ¿entiendes? De lo contrario, le volaré la cabeza a tu tierna enamorada...

—No será necesario.

Dejó caer su potente revólver y lo apartó de un puntapié. Siguió fumando con una calma helada que debiera haber puesto en guardia a Sabine, pero la hermosa y despiadada muchacha estaba segura de sí misma y de su arma, de modo que solo dijo:

—Lástima que no hayas podido evitar el fin de Dunbar, ¿eh, Johnny?

—Y el de Fenton... Ha sido la muerte de éste lo que me ha abierto los ojos, Sabine. Para ti, fue un inconveniente verte obligada a contratar asesinos recién salidos de la cárcel. Naturalmente, una muchacha respetable no puede tener los contactos necesarios para buscar elementos más discretos y menos conocidos...

—Cierto —sonrió triunfalmente—. Preparé todo el asunto con tiempo, ¿entiendes? Seleccioné a mis hombres uno a uno, buscando los que tuvieran el cerebro más tarado o pervertido, criminalmente hablando. Sólo que Mucat lo estropeó al querer vender su secreto a Dunbar, de modo que hubo que matarlo ante tus narices, Johnny.

—Muy bien; supongo que ahora te propones terminar con nosotros también. ¿No es cierto?

—Completamente cierto, querido. Mi idea era que los crímenes fueran achacados a unos sádicos desequilibrados que mataban por placer, impulsados por sus tarados instintos. Tú lo estropeaste obligándome a actuar por mí misma. Pero esta vez no escaparás.

—Y después podrás largarte a Suiza para disfrutar de la fortuna de Dunbar, ¿eh?

—Seguro, amor mío. Y no es la fortuna de Dunbar, sino la mía. Está a mi nombre, en una cuenta cifrada. No me costó mucho convencer al querido Dunbar de que era una gran cosa eludir los impuestos. Lo demás vino rodado y ahora esa montaña de dinero es mía. Sólo mía.

—Todavía no.

—¿No?

—Antes tienes que matarnos y escapar. Y eso, Sabine, maldita zorra, es algo que nunca conseguirás.

—¿Por qué no? Sólo tengo que apretar el gatillo... así...

—¡Espera, estúpida!

El imperio retumbante de aquella voz detuvo su dedo cuando ya se tensaba sobre el gatillo.

—¿Vas a derrumbarte ahora, querido? —musitó con cruel sarcasmo—. Piensa que ella te está mirando...

Marion no pudo contener un sollozo de pánico.

Johnny dijo:

—¿No te interesa saber la razón por la cual jamás podrás disponer de esos ochenta y seis millones de dólares?

Ella enarcó las cejas. Por primera vez pareció perder algo de su escalofriante y despiadada calma.

—¿De qué estás hablando ahora? —masculló—. Ese dinero es mío..., sólo he de sacarlo del Banco cuando se me antoje.

—Ahí es donde te equivocas.

Johnny fue a sentarse al lado de Marion, siempre seguido por la mirada letal de Sabine.

Rodeó los hombros de la muchacha con su brazo, como si tratara de infundirle valor.

—Voy a darte un consejo, Sabine —le espetó—. Y no te cobraré nada por ello. Lárgate antes de que sea demasiado tarde para ti. El comisario Armet está al corriente de todo lo mismo que yo, porque le he mostrado la nota de Fenton.

—¿Qué nota?

—La que escribió para mí, diciéndome adónde iba cuando salió del yate... y añadiendo el motivo por el cual acudía a la cita.

Ella tardó unos instantes en asimilar la noticia. Después, intentó tranquilizarse a sí misma.

—Él no pudo escribir nada comprometedor para mí, porque ni siquiera sospechaba nada... Sólo se sentía intrigado por el asunto de Roma. De modo, corazón, que si eso es todo lo que tenías que decirme...

Johnny suspiró. Retiró el brazo de los hombros de Marion, disponiéndose a levantarse. Sabine gritó:

—¡No te muevas!

Apoyó las manos en el diván y se irguió. Sólo que con el mismo movimiento, su mano derecha restalló con un seco vaivén. Hubo un tenue zumbido y un relámpago de plata cruzando la cámara...

Sabine disparó instintivamente, pero ya Johnny había saltado de costado, derribando a Marion con un brutal empujón, de manera que la bala se enterró en el respaldo del diván.

Después, ya no hubo más disparos. Las rodillas de la asesina se doblaron poco a poco, mientras un reguero rojo se extendía por su vestido. La delgada empuñadura de un cuchillo asomaba bajo sus senos, y la muerte había impreso una mueca de odio insano y febril en su bello rostro.

El revólver escapó de sus dedos cuando se llevó las manos al pecho. Cayó de rodillas, todavía peleando con la muerte...

Marion comenzó a chillar entonces. Frenética, se cubrió el rostro con las manos, ocultando la cara para huir del atroz espectáculo de aquella agonía que no parecía tener fin.

Johnny se levantó, pero no adelantó un solo paso. Su mirada estaba fija

en Sabine, como la de un tigre acechando su presa. Inmóvil, contempló cómo la mujer caía hacia adelante, todavía gimiendo entre dientes, los dedos agarrotados alrededor de la empuñadura del puñal.

La puerta se abrió violentamente y Maurice apareció en el umbral empuñando su revólver. Los chillidos de Marion cesaron, quedando convertidos en sollozante lamento.

—¡Dios! —jadeó Maurice—. ¿Qué ha sucedido, patrón?

—Vuelve a la pasarela. Yo llamaré a la policía.

—Pero, ella...

—Ella fue quien organizó la matanza, Maurice. Ahora lo está pagando.

Horrorizado, el marinero retrocedió cerrando otra vez la puerta.

Entonces, Sabine dejó de gemir. Su cuerpo se estremeció y luego quedó inmóvil.

Johnny fue a reunirse con Marion.

—Ya pasó —dijo suavemente—. Cálmate...

—¡Oh, Johnny! ¿Tuviste realmente que hacerlo así?

—No hablemos de eso. Ya tendré bastante trabajo para convencer al comisario... Ven, salgamos de aquí.

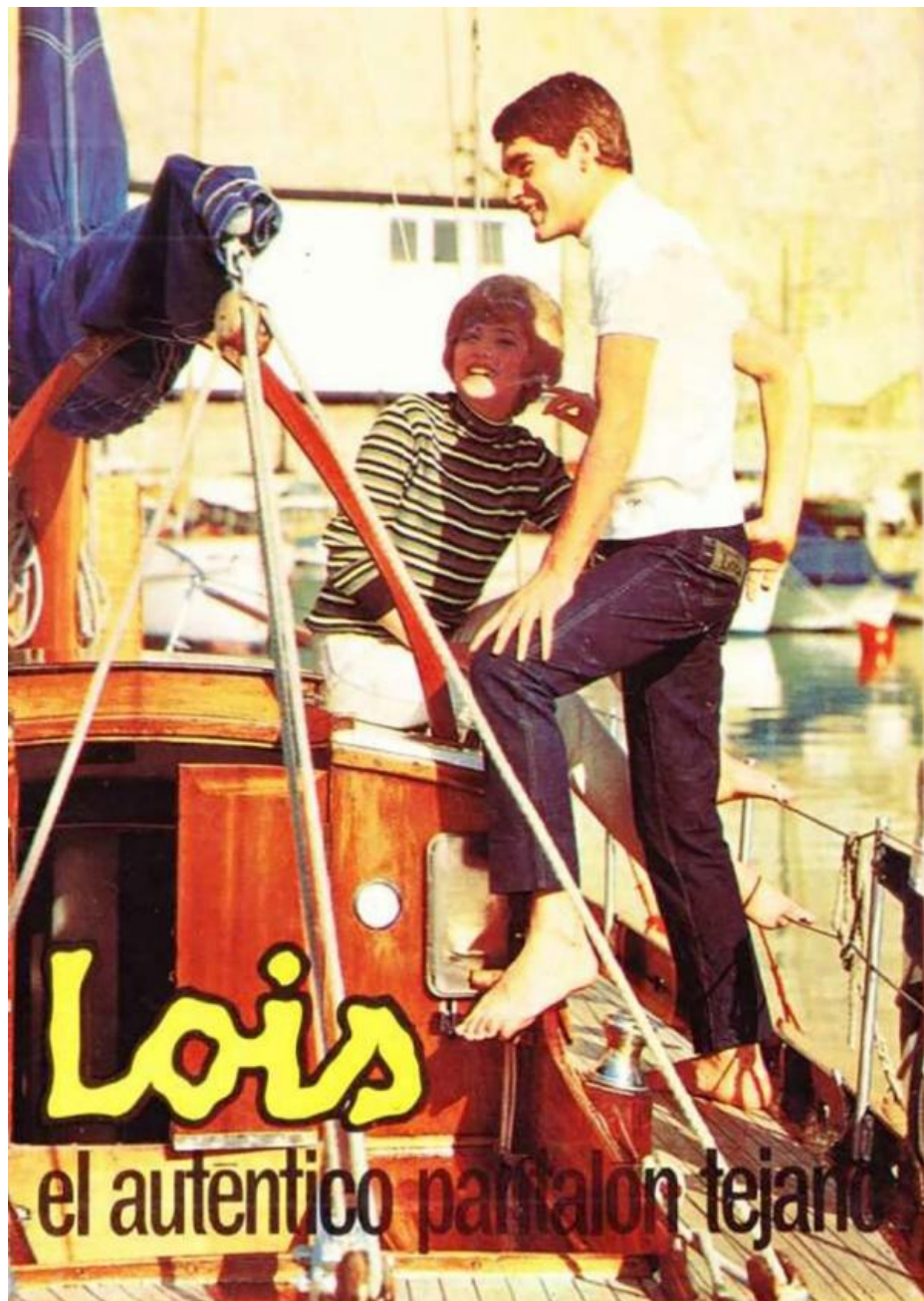
Ella se aferró histéricamente a su cuerpo, estremeciéndose, buscando el calor y la protección de aquel gigante que la había elevado por encima de su propio destino, sórdido sin futuro, haciendo que sintiera nuevas emociones, nuevas ansias de vida...

A despecho de la muerte que había rondado a su alrededor.

Él la levantó en vilo, pasó por encima del cadáver y abandonó la cámara. Marion dejó de sollozar, porque los labios de Johnny buscaban los suyos y con su urgencia le decían que seguían vivos y debían continuar amándose hasta el infinito.

Como en aquellos instantes bajo el ardiente sol de Niza...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.